

EL & CINE | YO

Conversaciones memorables
en la Cinemateca de Bogotá

Julio César Guzmán

EL & CINE | YO

Conversaciones memorables
en la Cinemateca de Bogotá

Julio César Guzmán



Guzmán, Julio César

El cine y yo : Conversaciones memorables en la Cinemateca de Bogotá / Julio César Guzmán.
- Bogotá: Universidad de Bogotá Jorge Tadeo Lozano ; Cinemateca de Bogotá – Gerencia de Artes Audiovisuales ; IDARTES, 2023.
348 páginas : fotografías ; 24 cm.

ISBN 978-958-725-334-4
ISBN PDF 978-958-725-335-1
ISBN EPUB 978-958-725-336-8

1. Películas cinematográficas. 2. Cine - Apreciación. 3. Personajes - Entrevistas. 4. Conversaciones.
Tít.

CDD 791.43

ALCALDÍA MAYOR DE BOGOTÁ D. C.

Claudia López Hernández
Alcaldesa Mayor de Bogotá D. C.

Catalina Valencia Tobón
*Secretaria de Cultura,
Recreación y Deporte*

INSTITUTO DISTRITAL DE LAS ARTES - IDARTES

Mauricio Galeano Vargas
Director general
Maira Ximena Salamanca Rocha
Subdirectora de las artes
Leyla Castillo Ballén
*Subdirectora de Formación
Artística*
Hanna Paola Cuenca Hernández
*Subdirectora de Equipamientos
Culturales*
Liliana Morales Ortiz
*Subdirectora Administrativa y
Financiera*

CINEMATECA DE BOGOTÁ – GERENCIA DE ARTES AUDIOVISUALES

Ricardo Cantor Bossa
Gerente de Artes Audiovisuales
Angélica Clavijo Ortiz
Líder misional
Catalina Posada Pacheco
Coordinadora editorial

Instituto Distrital de las Artes – Idartes

Carrera 8 # 15-46 Bogotá D.C.,
Colombia – PBX: (601) 379 5750 –
www.idartes.gov.co

FUNDACIÓN UNIVERSIDAD DE BOGOTÁ JORGE TADEO LOZANO

Carlos Sánchez Gaitán
Rector
Felipe César Londoño López
Vicerrector Académico
Liliana Álvarez Revelo
Vicerrectora Administrativa
Andrés Franco Herrera
*Vicerrector de Investigación,
Creación e Innovación*
Olga Illera Correal
*Decana de la Facultad
de Ciencias Sociales*

EQUIPO EDITORIAL UTADEO

Marco Giraldo Barreto
Jefe Oficina Editorial
Sylvana Silvana Blanco Estrada
Santiago Mojica Talero
Diseño editorial
Juan Carlos García Saenz
Revistas científicas
Sandra Guzmán
Distribución y ventas
María Teresa Murcia Cruz
Asistente administrativa

Fundación Universidad de Bogotá Jorge Tadeo Lozano

Carrera 4 n.º 22-61 Bogotá, D.C.,
Colombia – PBX: (601) 2427030 –
www.utadeo.edu.co

ISBN impreso: 978-958-725-334-4
ISBN EPUB: 978-958-725-336-8
ISBN PDF: 978-958-725-335-1
DOI: <https://doi.org/10.21789/9789587253344>

El cine y yo. Conversaciones memorables en la Cinemateca de Bogotá.

© Julio César Guzmán
Entrevistas

Marco Giraldo Barreto
Edición

Santiago Mojica Talero
Diseño editorial

Alexis Lozano
Foto de cubierta

Juan Carlos Gómez
Edwin Romero
Sergio Cárdenas
Daniela García
Juan David Cuevas
Juan Manuel Vargas
Julián Castiblanco
*Equipo de transmisiones –
El Tiempo*

Mariana Clavijo
Transcripciones

*Fotografías internas:
Idartes, El Tiempo, archivos
personales de los invitados.*

Contenido

Prólogo	7
Introducción	10
Adriana Lucía, la música al servicio de las causas sociales	16
Alejandro Riaño, comediante y empresario de proyectos humanitarios	36
Andrea Echeverri, estrella de Aterciopelados y del rock colombiano.....	66
Beatríz González, ícono de las artes plásticas	84
Brigitte Baptiste, bióloga, catedrática y símbolo de la comunidad LGBTQ+	96
Fabio Rubiano, actor, director y dramaturgo	114
Gambeta, líder de la banda de rap Alcolirykoz.....	140
Jesús Abad Colorado, el fotoperiodista testigo de la barbarie y la esperanza.....	156

Ledania, artista del mural y el grafiti, reconocida fuera del país.....	176
Mábel Lara, periodista afrocolombiana, antes de saltar a la política	194
Nidia Góngora, voz del Pacífico y vocera de sus comunidades	216
Óscar Córdoba, portero campeón con la Selección Colombia.....	234
Ramiro Meneses, actor y director de cine y televisión	250
Ricardo Silva Romero, exitoso escritor, columnista y crítico de cine	274
Willington Ortiz, leyenda del fútbol colombiano.....	300
Yolanda Reyes, escritora laureada y defensora de los derechos de la infancia	326
Enlaces a las sesiones	345

Prólogo

Desde el siglo XX, el cine ha estado presente en los imaginarios y en la cotidianidad de los seres humanos. Ha sido arte, lenguaje y medio para emocionar, aleccionar y generar memoria. Se ancla en el pasado y el presente y susurra pistas sobre futuros posibles. La sorpresa y la fascinación que las originarias imágenes en movimiento generaron en los públicos desde sus primeras exhibiciones marcaron el nacimiento de una práctica social y cultural que se afianza hasta nuestros días. Si bien los artesanos y hacedores de las imágenes dedican buena parte de su vida a narrar, registrar o preservar, las vidas de todos y todas como espectadores tienen en la memoria momentos nítidos de encuentro con el cine.

Como Centro Cultural de las Artes Audiovisuales, la Cinemateca de Bogotá se ha propuesto ampliar el diálogo con públicos diversos; con cinéfilos y expertos, pero también con personas que espontáneamente se acercan a nuestros espacios para aprender, divertirse

o experimentar. A través de la gestión de la programación, hemos creado franjas que nos han permitido cumplir con este propósito. La franja *Local* abre las pantallas de nuestras salas para que creadores locales presenten y dialoguen sobre sus obras audiovisuales. La franja *Memoria* nos permite mantener el archivo vivo, visitar obras y circular los patrimonios. Desde las franjas *Infantil*, *Juvenil* y *Adulto Mayor*, programamos contenidos audiovisuales con enfoques étáreos para grupos poblacionales ávidos de oferta cultural en el ejercicio de sus derechos fundamentales. La franja *Vive La Cinemateca* nos reúne alrededor de funciones especiales, como estrenos de obras audiovisuales o sesiones de formación de públicos desarrolladas por organizaciones y colectivos audiovisuales de la ciudad y el país.

Otros formatos como los cine conciertos, las galas de cine colombiano, las sesiones de *live coding* y ciclos como *Que haiga paz*, *Cine y ciencia ficción* y muy próximamente *Cine y deporte* hacen posible generar diálogo social alrededor del cine y las artes audiovisuales sobre asuntos fundamentales y coyunturales para Colombia y para el mundo. En torno a las narrativas audiovisuales, expertos, líderes de opinión, participantes de procesos y público en general se encuentran por y gracias al cine. El cine como elemento iluminador y deslumbrante.

Una de las galas de cine colombiano fue el punto de partida para que el equipo de la Cinemateca de Bogotá creara la franja *El Cine y Yo*. Aquella gala de cine fundacional fue posible en 2018 gracias a la iniciativa de Julio César Guzmán y a la sinergia entre Proimágenes Colombia, la Fundación Patrimonio Fílmico Colombiano, El Tiempo y la en ese entonces Cinemateca Distrital, que se comenzaba a despedir de su sede de más de 40 años en el foyer del Teatro Jorge Eliécer Gaitán. La sesión se realizó alrededor de una de las películas de mayor recordación para

los colombianos, *La estrategia del caracol*, la cual contó con la activa gestión y participación de su director, Sergio Cabrera.

A partir de ese momento, desde el Instituto Distrital de las Artes convocamos al medio de comunicación El Tiempo con el fin de realizar sesiones en vivo con personajes destacados de la vida pública nacional para conversar sobre las películas de su vida y los pasajes vitales que estas evocan en las historias de cada invitado. Por la Sala Capital de la Cinemateca han desfilado periodistas, académicos, músicos, escritores, deportistas, científicos, entre otros. Todas las sesiones han contado con la comprometida y cálida moderación de Julio César Guzmán, quien ha logrado en conversaciones íntimas extraer de cada uno de los invitados las más genuinas emociones y recuerdos a través de las películas. Han sido diálogos en los cuales el espectador –ahora lector– se siente partícipe de una conversación en un ambiente familiar que despierta todas las emociones en compases y contradicciones: desde risas y tristezas hasta desazón y ternura. Muchas emociones que se juntan y de las cuales el cine ha sido provocador y testigo. Por ejemplo, Andrea Echeverri de los Aterciopelados recuerda que vio *El lugar sin límites* de Arturo Ripstein gracias a Lorenzo Jaramillo, su profesor de pintura en la Universidad de los Andes, y quien les mostraba "un cine muy escogido". Brigitte Baptiste vio *Blade Runner* de Ridley Scott a los 20 años en un desaparecido teatro de cine en Teusaquillo; la considera como una de sus películas favoritas y de "una vigencia tremenda". Óscar Córdoba, primer invitado de *El Cine y Yo* en la temporada inaugural de la nueva Cinemateca de Bogotá, recuerda que vio *King Kong* en un Renault 4, con hamburguesas y gaseosas en un autocine de la ciudad de Cali, "fue una película que fuimos a ver toda la familia, eso fue un acontecimiento impresionante".

En *El Cine y Yo* nos hemos sorprendido con los recuerdos y nostalgias que el séptimo arte revive, con las historias personales y colectivas de más de treinta invitados, con un público asistente que se emociona y apela a sus propias memorias a través de las películas. La pantalla ha servido cual espejo para vernos reflejados o contradichos por las historias de personajes entrañables, conflictos apasionantes, desenlaces emotivos y escenarios vibrantes.

Los invitamos a viajar en el tiempo a través del cine, desde la voz de personajes inolvidables, situados en momentos memorables para sus vidas y en las cuales encuentran una relación directa y apasionante con películas.

Carlos Mauricio Galeano

Director General

Instituto Distrital de las Artes - Idartes

Ricardo Cantor Bossa

Gerente de Artes Audiovisuales

Instituto Distrital de las Artes - Idartes

Introducción

Como todo lo que se hace con amor, *El Cine y Yo* fue un hijo deseado. Nació de la relación de este padre orgulloso que le dedica un libro y la Cinemateca de Bogotá, que como madre incondicional lo ha alimentado y lo engendró con menos dolor de lo que suele implicar.

Si tuviéramos que encarnar a su progenitora en una mujer, ella es sin duda Paula Villegas, quien dirigía la Cinemateca en 2019 cuando se inauguró su nueva sede y también a finales del año 2018, cuando trabajamos juntos en la Gala del Cine Colombiano, con la cual rendimos homenaje a los 25 años de *La estrategia del caracol*. Fue un evento inédito en el que trabajamos hombro a hombro con su director, Sergio Cabrera, así como con Proimágenes, Idartes, la Cinemateca Distrital –como se llamaba entonces– y la Fundación Patrimonio Filmico. En la sesión final, la palabra viva de sus creadores y algunas escenas nunca antes vistas hicieron las delicias de centenares de personas que colmaron el Teatro Jorge Eliécer Gaitán.

“Nos encontrábamos en un momento fértil –recuerda Paula–. La nueva Cinemateca nos tenía con la cabeza abierta y con los sentidos dispuestos a que esta refundación fuera también la génesis de nuevas maneras de relacionarnos con el cine. Deseábamos con mucha fuerza

que fuera un centro cultural para todos, esto convirtió la nueva cinemateca en un laboratorio de propuestas para el encuentro ciudadano alrededor del arte”.

“*El Cine y Yo* alberga en su corazón varias ideas. A lo largo de nuestras vidas, todos vamos escribiendo nuestra historia relacionándonos –de una u otra manera– con muchas expresiones: canciones, películas, libros. Todos estos muchas veces parecen inscribirse como umbrales, ritos de paso, extensiones de la presencia de otros en nuestras vidas. Todos podemos hablar de cine y en ese momento pensamos que si lográbamos abrir para todos una colección de películas de alguien de una esfera diferente, podríamos lograr generar nuevos intereses y despertar en otros la consciencia de que el cine hace parte de ellos”.

Este padre tiene su propia versión: al finalizar el mencionado tributo a *La estrategia del caracol*, en medio de los aplausos y los vítores del público exultante, Paula me alcanzó al pie del escenario y me dijo: “Qué belleza de formato, tenemos que hacer algo así en la nueva Cinemateca”. Y luego de unas semanas me propuso hacer, no una edición, sino un evento recurrente que empatara, cual si fuese un antiguo montajista en una moviola, las palabras de un invitado con trozos de películas, imágenes en movimiento bajo un nombre evocador: *El Cine y Yo*.

Desde ese momento, Paula y algunos miembros de su equipo, entre ellos David Zapata, Catalina Posada y Lady Martínez, dieron vida al proyecto y acordamos trabajarlo en conjunto entre la Cinemateca, Idartes y El Tiempo, con personajes de diferentes intereses, que no fueran cineastas: personalidades de otras áreas que nos permitieran demostrar que el cine forma parte de la vida de todos, aún de quienes no somos expertos en cinematografía.

Y como si *El Cine y Yo* quisiera perpetuar a sus ancestros, la película más recomendada por sus invitados ha sido justamente *La estrategia del caracol*, un título que pone de acuerdo a la audiencia masiva y a la crítica exigente. Por supuesto, su director, Sergio Cabrera, es uno de los cineastas más mencionados, pero por estas primeras charlas también desfilan directores populares como Steven Spielberg –el más escogido: seis veces– con otros de culto como Alfred Hitchcock o Alan Parker –seleccionados cinco veces cada uno–.

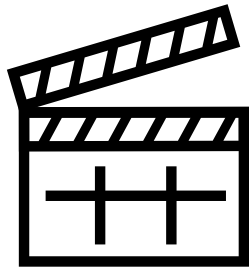
Y entre los actores protagónicos favoritos de los invitados hay nombres de lujo: Al Pacino, Woody Allen, Marlon Brando. Junto a ellos, protagonistas del cine nacional como Frank Ramirez, Vicky Hernández, Humberto Dorado y Álvaro Rodríguez. Es apabullante la proporción de películas de ficción frente a los documentales –apenas cinco, en las primeras veintidós charlas– y un detalle técnico relevante: de las 230 películas escogidas, dieciocho son animadas.

En la formación de este niño que es *El Cine y Yo*, de apenas 4 años de edad, han apoyado con entusiasmo muchos tíos, tías, madrinas, padrinos y demás familia, que lo han rodeado para hacer más feliz su llegada al mundo. Comenzando, por supuesto, por el sucesor de Paula Villegas en la cabeza de la Cinemateca, Ricardo Cantor, y la asesora misional de esta institución, Angélica Clavijo. Los ya mencionados David Zapata, Catalina Posada y Lady Martínez, así como Iván Leonardo Rozo y quienes luego trabajaron junto conmigo en la consecución de los personajes y la logística de los encuentros: Diana Cristina Patiño, Diana Pérez Mejía, Katherine Ávila y Andrea Said Camargo.

De igual forma, mis compañeros de El Tiempo Juan Carlos Gómez, Edwin Romero, Sergio Cárdenas, Daniela García, Juan David Cuevas, Juan Manuel Vargas, Julián Castiblanco. Este evento no sería posible sin

la participación de los directores de Idartes, Juliana Restrepo, Catalina Valencia y ahora Mauricio Galeano, así como el departamento técnico de la Cinemateca: Julián Mauricio Cano, Wilson Eduardo Fuentes, José Luis Barrera. Finalmente, toda nuestra gratitud para el equipo de comunicaciones: Litza Alarcón, Sada Sánchez, Laura Victoria Anzola, Laura Vásquez. Y en la elaboración de este libro, para Mariana Clavijo, quien transcribió las charlas previas y finales, y para su editor, Marco Giraldo.

El resto de la fórmula exitosa lo han aportado las historias de nuestros invitados, brillantes, inspiradoras, algunas increíbles. Todas al servicio de la magia del cine, que desde los clásicos de Chaplin hasta las más recientes aventuras de ciencia ficción, se pueden disfrutar en las páginas que ustedes tienen ante sus ojos. Este es *El Cine y Yo*.





Adriana Lucía,

la música al servicio
de las causas sociales

Aunque en su cédula dice que nació en Lorica, Córdoba, Adriana Lucía solo se identifica como nacida en un corregimiento de ese municipio. "Siempre digo El Carito, porque yo soy muy caritera, la verdad". Esta fue su constancia de nacimiento en la entrevista previa a la charla. Por la época en la que conversamos (23 de julio de 2021), andaba muy activa en redes sociales, criticando al gobierno, defendiendo a los muchachos que salían a protestar: pocos días después fue a cantar al llamado 'Puerto Resistencia', en Cali, lo cual le valió no pocos insultos y falsas denuncias.

Pero Adriana Lucía concibe así el arte, como una manera de ejercer conciencia. La música siempre habitó en su casa de infancia –sí, en El Carito–; de hecho, sus dos hermanos también son músicos, aunque solo es reconocida por ello su hermana Martina la Peligrosa. No es raro, entonces, que esta haya sido hasta ahora la única sesión de El Cine y Yo que se abrió con una canción: *Mi burrito querendón*, que se llevó al cine mexicano en la década de 1970:

"Yo tengo un burro que se encuentra enamorado / de una mula, que ese burro conoció...", comenzó cantando Adriana Lucía, a quien decidí preguntarle 'de tú', en respuesta a la cortesía que tuvo de tutearme a lo largo de la charla.

“Eso de empezar cantando *El burrito querendón*... Me parece sensacional. Muchas gracias por esta invitación tan linda”.

¿Por qué empezaste con esta canción?

Esta canción tiene que ver mucho con mi casa. Hace parte de las películas que nosotros veíamos en mi casa: mi papá nos ponía las canciones de Vicente Fernández –aunque esta no la canta Vicente Fernández–...

No, Pedrito Fernández...

Sí, señor, era Pedrito Fernández. Yo me acuerdo mucho de una película que se llama *El coyote y la bronca*. En esa película había muchas canciones que yo disfrutaba tanto y que mi papá nos las hacía aprender.

Para remontarnos a tu infancia, el primer título de cine es *Marcelino, pan y vino*. ¿Fue la primera que viste?

Cuando hablamos, te contaba que efectivamente me acuerdo del nombre, pero no tengo muy clara la trama. Esta fue la primera película que yo vi. Mi tío nos cogió a todos y nos dijo: “Todos van a ver *Marcelino, pan y vino*”... Una tragedia, eso es una lloradera. O sea: no hagan eso con sus hijos. La verdad, recuerdo una escena donde el Cristo como que cobra vida, pero esto era entre medio pánico y... Era miedoso. Creo que si hablo con mi hermano o con mis primos, todos vamos a hablar de *Marcelino, pan y vino*.

¿Dónde vieron la película?

En El Carito. En el municipio de Lórica, del departamento de Córdoba, El Carito es uno de esos varios corregimientos que tiene –“república independiente de El Carito”–. Mi papá me cuenta que en esa época, cuando él era niño, llegaban los gitanos y armaban sus carpas; la gente se asomaba a ver cómo las armaban y los gitanos proyectaban las películas mexicanas de la época. Es una historia mágica, porque es como ver la verdadera globalización: un gitano en El Carito proyectando películas mexicanas... Es maravilloso. En mi casa siempre estuvo el amor por el cine. Mi papá ama

el cine: a él le tocaba ir a Lorica o a Montería y rentar estas películas en Betamax –tengo 38 años, entonces más o menos me sacan la cuenta–. él las llevaba, pero como no era una cosa diaria que podía devolver, entonces llevaba muchas.

Ah, claro, era lejos.

No es tan lejos, pero no era algo al lado, digamos. Cuando mi papá iba, las cambiaba y traía unas nuevas; él aprovechaba y llevaba bastantes para que viéramos muchas.

Esa referencia al cine mexicano se prolonga con *El profe*.

¿Les gustaba mucho Cantinflas?

Nos encanta Cantinflas, es el favorito de la casa. Recuerdo esta película particularmente, porque mi mamá es profesora, le encanta esta y *Si yo fuera diputado*. La vi en la infancia, la he visto después y es el retrato exacto de la sociedad actual, esto no ha cambiado: si tú tomas cualquier discurso de cualquier película de Cantinflas todo cabe hoy en día. Es como si no hubiéramos superado cosas tan básicas. Amo esta película porque, primero, está Don Margarito, el gamonal del pueblo, a quien no le conviene que la gente se eduque –clásico de nuestras tierras–. Cantinflas es un profesor que es músico, les enseña música, en todos lados había música por ahí, y hay una cosa que me identifica profundamente: así uno no quiera, cuando naces en la zona rural de este país sabes cómo funciona esto de las escuelas, que no tienen presupuesto, que nos toca a punta de juegos, rifas y espectáculos para sostener la escuela, y cuando vi la película también me sentí muy reflejada. Es fascinante ver a Cantinflas en cualquier papel, uno creyéndole, riéndote, pero diciendo unas críticas mordaces de una manera muy divertida.

¿Recuerdas a alguno de los primeros maestros allá en El Carito?

Claro, yo soy la propia sapa, me acuerdo de todos los maestros. Yo fui de la primera generación del jardín infantil de El Carito: Angelitos traviesos...

¿Así se llamaba? ¿Eras angelita o traviesa?

En esa época: angelita... Mentiras: traviesa. Yo recuerdo a mis primeros profesores: mi tía Elena, a la *seño* Teresita –allá en la costa decimos ‘la *seño*–. Yo estudié la primaria en El Carito, donde mi mamá fue también mi profesora... no nos fue tan bien compartiendo desde ese punto de vista. Y ya luego, el bachillerato lo estudié en un colegio en Lorica. Mi mamá y mi papá eligieron eso porque yo tuve la dicha y la fortuna de que Fernando Zumaqué –de los famosos músicos Zumaqué– fuera mi profesor de música en el preescolar, eso era inimaginable: como que una profesora dijo: “Ay, bueno. Enseñémosle a cantar a estos muchachos aquí”. Y eso fue la semilla, por eso yo amo el colegio. Luego la hermana Marta Cecilia Alzate, una monja, fue mi primera profesora de canto.

Avancemos con otra película mexicana: *Como agua para chocolate*. ¿Viste primero la película o primero leíste el libro?

Yo te contaba que normalmente siempre leo primero el libro y después veo las películas, entonces uno tiene como una decepción. Pero en esta ocasión me pasó al revés: yo vi primero la película y cuando leí el libro dije: “¡Guau!” Es más fascinante aún, cero decepción. Soy una amante de la cocina: me crié en una cultura alrededor de los sabores y en esta película como que uno puede sentir los sabores. Es una cosa casi sensorial, como que puedes tocar... Es fascinante, todos los sentidos se te activan. Este libro tiene las recetas que están en la película y yo hice algunas de esas recetas también. Es todo en lo que yo encuentro placer. Obviamente, es una historia muy triste en el sentido de la hija menor a quien le toca cuidar a la madre, ese amor imposible, esa castración –de alguna manera– de esa felicidad. Pero es hermoso ver esa costumbre alrededor de la comida y de los sabores, con la cual me identifico profundamente.

Intuyo por eso que te gusta la cocina...

Soy amante de la cocina totalmente. Vengo de una familia caribe, tengo familia árabe, entonces todo gira en torno a la comida y a los sabores. Al nacer en el campo, hay otra conciencia de la comida: allá uno no compra un paquete de comino, sino que compras el comino en pepa, lo tuestas y luego lo mueles. Eso es lo que veo en esta película: que me conecta con mi manera de ver y de concebir la comida.

Si a uno lo invitan a cenar en casa de Adriana Lucía, ¿qué le preparan? ¿Cuál es la especialidad?

Siempre debe haber Baba Ganush de berenjena –soy la reina de la berenjena y no te darás cuenta de que es berenjena–, hago pan, me gusta hacer pan árabe, siempre te puedes encontrar un *quibbe*... siempre hay comida. Y mote de queso: eso no puede faltar.

Para seguir con la música en la vida de Adriana Lucía, la siguiente película es *El piano*. ¿Qué sentimientos despertó esta cinta?

Yo creo que mi papá no sabía de clasificación: yo era muy chiquita y hay unas escenas fuertes, con las que nos tapábamos los ojos. Seguramente mi papá vio el título *El piano* y dijo: “Eso les gusta”, porque siempre hemos sido músicos. Yo estudié en la Escuela de Bellas Artes desde que tenía cinco o seis años, y cuando llegó la película yo ya cantaba por ahí y bailaba o lo que sea. Cuando la vi, me emocionó. Mira que es una cosa muy particular: puedes no entender nada y entiendes perfectamente de qué se trata. Yo creo que nunca en la vida tuve plan B, yo siempre soñé con ser músico, y cuando veo este tipo de películas, donde todo gira alrededor de ese piano... Es protagonista, no solamente la pianista sino el piano como instrumento. Eso me parece una cosa que a mí me hizo entender el valor y el respeto hacia el instrumento, pero también esa necesidad de comunicarse. Es una persona que no puede hablar y su forma de entender el mundo es solamente a través de las melodías y las armonías. Eso para mí fue muy fácil de

entender siendo niña, no necesitaba ser adulta para entender eso –vamos a olvidarnos de las escenas terribles para la niña de esa edad–, al punto de negociar todo por poder sentir un poco de placer. Es fascinante esa niña, es una cosa loca; recuerdo que no solamente ella, esta película se ganó muchos premios y los merecía todos.

La música llegó a la vida de Adriana Lucía desde una edad muy temprana pero comenzó su carrera con un género que después abandonó: el vallenato.

Yo empecé muy chiquita a cantar. En mi casa los tres hermanos somos músicos, entonces no es que tuviera muchas opciones... mi papá fue un músico que no lo dejaron ser músico: esa frustración sirvió para descargarla sobre nosotros y apoyarnos plenamente. Yo fui la primera en estudiar en Bellas Artes y luego ya se veía que mi hermana y mi hermano... mi casa estaba llena de músicos y artistas que entraban y salían. También soñaba con ser bailadora y siempre había grupos de danza, gaiteros, clarinetistas, bandas y de todo en mi casa. Cuando yo pensé mi vida profesional fue la primera vez que canté vallenato, yo no había cantado antes. Como la gente me conoce cantando vallenato, piensan que ese es mi género de formación. Sin embargo, no lo es, pero estoy infinitamente agradecida con un proceso bastante exitoso: me conocieron mucho... Yo arranqué en la industria de la música, no fue una cosa que llegó de la independencia sino al revés. Yo como que no era muy consciente; ahora uno con las redes sociales sabe de alguna manera el impacto, pero en esa época no. Uno se enteraba de que a la gente le gustaba la música porque cuando llegabas había gente...

Además, eras muy joven...

Muy chiquita. Yo llegué a la disquera de 13 años, a los 14 ya había grabado el álbum y había salido, a los 18 yo ya estaba cansada –no, mentiras–. Sí me tocó todo muy prematuramente, fui muy precoz en muchas cosas.

Siempre supe que iba a hacer música, no conocía otra manera. Ahora que lo recuerdo y miro hacia atrás, yo nunca tuve que definir: ¿y ahora qué voy a hacer en la vida?

Buscamos otros sentimientos a partir del siguiente título:

***La vida es bella.* ¿Cuál fue tu reacción a ella?**

Es increíble cómo a uno terminan gustándole las películas que te conectan con tu vida. Yo creo que es un reflejo que hacemos de nuestros sentimientos sobre la película. Es la sencillez, la belleza de lo sencillo, pero eso es complejo: esa es la que se nos olvida. Una historia bastante trágica, contada de una manera tan sencilla. Yo creo que esta película marcó a las personas que la vieron. Creo que si hablas con muchas personas nadie se olvida de esta película, es inolvidable. Al principio parece que va a contar una cosa diferente: es en la Toscana italiana y todo tan fascinante, pero luego termina en esta fantasía alrededor de la guerra. Para mí es indudablemente difícil no proyectarme, difícil no proyectar a Colombia, difícil no proyectar este país tan lleno de tantas violencias, y uno dice: “¿Cómo harán los padres para contarles a sus hijos la historia de la guerra?” Aquí vemos a un padre sacrificando todo, inclusive su vida, por la vida de su hijo, intentando que él vea otra realidad en una realidad tan dura y tan fuerte como es la guerra. En esta película uno llora y ríe.

A propósito de la película, ¿en algún momento la guerra y la violencia tocaron a tu propia puerta?

Siempre. Desde que el mundo es el mundo que yo conozco, siempre vivimos alrededor de la violencia. Pero mira que hay una cosa bien particular: cuando yo empecé mis clases en la Escuela de Bellas Artes de Montería –no sabría exactamente qué año, pero sí debió ser a finales de los 80 o principios de los 90–, en esa época se hablaba por allá de las limpiezas sociales. Me acuerdo de mi profesor Tiburcio, quien tocaba piano, y después

de llevarme a clases algún tiempo, mi papá me dijo: “No podemos ir más, porque el monte está muy peligroso”. Ese término me traumatizó, yo no entendía. Yo veía que la gente decía: “Están limpiando. Están en unas limpiezas”. Y yo pensaba: “Pero limpiar es bueno, ¿por qué se puede asociar la limpieza con algo malo?”

Por esos mismos años fue la incursión paramilitar, después de una guerrilla terrible en mi región. Las autodefensas de Colombia nacieron allá en esa zona donde yo nací, y evidentemente vivimos todos los flagelos de la guerra. Pero yo sí sentía que, en mi pueblo y en mi casa, yo vivía como una fantasía porque vivía entre grupos de danza, músicos y era una violencia que rondaba, que estaba ahí a la vuelta de la esquina, todos sabíamos que había algo, pero en mi casa no entraba. Por eso te digo que es inevitable no identificarme con este tipo de cosas. Años más tarde, a mi papá lo secuestró la guerrilla. No sé quién en este país no ha tenido que ver con la guerra, pero sin duda todos tenemos un pedacito de esa violencia que ha tocado a nuestras puertas.

Lamentable... ¿En qué momento te mudaste a Bogotá?

Yo me vine a vivir a Bogotá en el año 1999. Como te conté, ya había grabado antes, desde chiquita, yo venía a Bogotá a grabar mis discos y eran dos o tres meses en un hotel. La idea de venirme surgió porque era muy duro vivir en hoteles. Mi papá siempre me decía: “Ah bueno. Cuando termines el bachillerato, te vas para Bogotá”. Me vine y empecé a estudiar Comunicación Social en la Universidad de La Sabana, pero en el quinto semestre me retiré. Antes de eso, yo me vine e hice unas clases libres de música en Los Andes... Escogí algunas carreras mientras entraba a Comunicación Social en La Sabana. Yo llevo más años aquí que lo que viví allá: me vine de 16 años y tengo 38, entonces tengo más años aquí, yo soy cachaca ya.

Tres años después de que Adriana Lucía llegó Bogotá, se estrenó su siguiente película, *El pianista*. ¿Qué relación se puede establecer entre la guerra y la música?

Toda. La música es resistencia profunda. Si me preguntas cuál es mi película favorita, es esta. Es muy difícil decir cuál es la película favorita de uno, pero yo creo que en esa escala esta ocupa el primer lugar porque en cualquier rincón del planeta la música puede llegar a donde el discurso no llega. Por eso, la música es tan poderosa y tan incómoda para mucha gente: el arte puede tocar unas fibras y te puede movilizar. Yo creo que una de las funciones principales del arte es incomodar. Aquí vemos la historia de una persona que le cambia radicalmente la vida: es un pianista feliz, pero de pronto viene este giro –la Segunda Guerra Mundial–... Muchas canciones se crearon alrededor de esta película, muchos artistas y muchos compositores hablaron de ella, quizá porque es inevitable sentir la desolación de este músico que queda metido en la guerra, pero su música y el ser pianista le permiten seguir ahí, animando a un tipo de gente que es la misma que está oprimiendo.

Los músicos también somos usados por todas las esquinas, no hay persona que no se conmueva ante la música. Hay una escena puntual: este pianista se encuentra en Varsovia, cuando ya se acaba la guerra. Él no sabe que todo ha terminado, pero ve el piano y tiene la opción de seguir guardando silencio para resguardar su vida, pero dice: “Ya no más. Yo tengo que tocar este piano”. Y además, viene la escena donde este soldado lo ve y le perdona la vida a partir de la música. Yo sí creo que la música une, y aparte de confrontar y de llevar un mensaje, también moviliza las mejores emociones de los seres humanos, por más malvado... A mí no me gusta esto de dividir a la gente entre buena y mala, no estoy de acuerdo para nada, pero sí creo que hasta el ser más malvado se moviliza y se conmueve con el arte.

¿En qué momento entraron las inquietudes sociales en la vida de Adriana Lucía?

A mí me cambió la vida en 2001. Yo estaba haciendo mi último álbum de esa época de vallenatos y lancé una canción que se llama *Llegaste tú*. Esa pegó muchísimo y la disquera, para mantenerla más viva –en esa época, los sencillos duraban más, ahora van saliendo–, llamaron a César López para que hiciera la versión pop de la canción. Me encuentro con él y me dice que se va a vivir a Nueva York, pero que está inquieto con muchas cosas... Yo sentí la necesidad de seguir conversando con él y me dijo: “No te preocupes, que cuando vuelva, yo te llamo”. Él volvió, me llamó y me invitó a ser parte de unos procesos de reinserción y desmovilización. La palabra era rarísima, ‘reinserción’, ni sabíamos qué era ser ‘reinsertado’. Empecé a trabajar con él, con menores de edad que eran desmovilizados de la guerra... ¡Dios! La vida me cambió. Yo venía de una sociedad totalmente silenciada donde uno no podía decir lo que pensaba porque lo podían matar, entonces llegar y encontrarme con esta gente que para mí era la malvada, todos los malos, y cuando los veo ahí... yo los vi a todos como víctimas. Y ese día me cambió la vida.

Yo recuerdo que cuando estábamos en ese salón –ese fue el momento en que hice un giro en mi vida– yo estaba muy agobiada por las historias que estaba escuchando: historias de guerra, historias terribles de desmembrados, cabezas rodando... una cosa horrorosa y yo no aguantaba más. Pensaba: “¿Esto qué es? ¿Dónde me metí yo?” Tenía ganas de vomitar, y yo dije: “¿Hay alguien aquí que me pueda contar una historia de amor?” Y un muchacho levantó la mano y dijo: “Sí, yo voy a contar una historia de amor: yo tuve un amigo que era mi mejor amigo y me obligaron a matarlo; yo lo maté, pero además me dijeron que tenía que desmembrarlo. Yo me grabé exactamente dónde había dejado cada parte del cuerpo, lo recogí, me

retiré y se lo lleve a su mamá, y ese es mi mayor acto de amor”. Cuando ese chico me contó eso –un menor de edad–, yo dije: “Este es el amor pa’ él”. Si nos vamos a la guerra, una madre que tiene un cuerpo pa’ llorar es más justo que una que no, pero no es justo nada... Y ese día yo dije: “No, yo no me puedo hacer la loca. No podemos hacernos los locos, aquí fracasamos todos”. Yo no era consciente de muchas cosas de las que soy consciente ahora, pero ese día la vida me cambió para siempre.

También hiciste cine, con el documental *Porro hecho en Colombia*. ¿Quiénes aparecen en este documental?

Son 274 artistas. También te conté que estos tres grandes decimeros que aparecen mucho en este documental ya murieron, muchas de esas personas ya no están. Incluso Lázaro, el que tiene esta cosa de Colombia aquí, murió hace unos meses de Covid. Es muy dolorosa su partida, pero es muy honroso haber podido dejar un documento de ellos, de su sapiencia, de su infinito aporte a nuestra cultura. Hay una frase de un poema de un paisano mío, Raúl Gómez Jattin, un vecino de mi casa en Cereté. Él se refería a Cereté y decía: “Yo también soñé con llevarme a mi pueblo de Córdoba deletreado en un blanco papel, para que personas de todos lados del mundo conocieran sus noches estrelladas llenas de velas y de fandangos”. Yo quisiera llevarme a mi pueblo siempre deletreado; yo creo que un pueblo no es un pedazo de tierra, sino una cosa que uno lleva dentro y que nadie se la puede quitar, y yo quería y quiero siempre contarle a la gente. Mis amigos se burlan de mí porque dicen que yo siempre arranco diciendo: “Nací en El Carito”. Y así arranca el documental, porque creo que todo lo que uno es tiene que ver con eso. Como decía otro paisano mío, David Sánchez Juliao, quien fue mi gran amigo: “Uno se parece a lo que huele”. Y eso fue en lo que yo me crié, a lo que me parezco. *Porro hecho en Colombia* es un sueño hecho realidad que costó muchas lágrimas, muchos años de endeudamiento

terribles, porque yo no sabía dónde estaba metiéndome, no tenía ni idea que era tan costoso, y que proyectar en salas de cine era tan costoso, y que uno tenía que pagar las pantallas y comprar... O sea, yo no tenía ni idea: movida por la emoción, fue muy irresponsable la parte económica: “Eso lo resolvemos...” Y de pronto vi una avalancha de cuentas de cobro, pero al finalizar, cuando ya pagas esa última deuda y ves esto, ya lo ve uno con otros ojos y dice: “Valió la pena.”

En la entrevista previa me contaste una historia conmovedora fuera del país...

Fuimos al Colombian Film Festival en Nueva York y nos ganamos el premio de la audiencia. Pasó una cosa muy linda y es que la gente la comentaba, hablaba como si estuvieran en la sala de la casa, no se podían quedar en silencio. Cuando sonaba la música, la gente bailaba... fue una cosa bien particular. Cuando terminó, me pidieron que me quedara porque me querían hacer muchas preguntas, y una persona del público se levantó y dijo: “Todo lo que nos llega de Colombia son cosas que no queremos compartir y esto es una cosa que yo le quiero mostrar a todo el mundo. Yo quiero que hagan más de esto”. Era una señora ya mayor, ella lloraba y no podía hablar. Se llama Luz y dice: “Yo soy la mamá de John Leguizamo”. Fue muy lindo, ella es supercariñosa, diciendo que quería mostrarle a todo el mundo que eso era Colombia también.

El porro significó además un giro en tu carrera...

Era como una deuda pendiente: al yo ser cordobesa, esta es mi formación primaria, y luego por temas comerciales terminé en el mundo del vallenato. Cuando yo cumpla la mayoría de edad, por los años 2000 o 2001, ya mejor dicho era irreverente delante del mundo... Yo nunca pensé que iba a volver a la industria porque yo salí mamada de ella. Yo no quería saber nada, sentía que mi objetivo se había perdido y por ahí siete años después

de estar dedicada solo a procesos sociales –yo estuve siete años viajando por Colombia y en otros países entendiendo la música desde el servicio–, pensé que ya no volvía al mundo de la industria. Pero Carlos Vives me insistió mucho; él fue un padrino –digamos así–, y recuerdo que cuando él y yo nos conocimos en el año 97, en la disquera, me dijo: “Tú y yo vamos a hacer un disco, y ese va a ser tu disco”. Y yo no creía.

Cuando llegan estos años, digo: Este era el disco que teníamos pendiente. Lo hicimos: *Porro nuevo*, un álbum que me recibe con nominación a los Grammy y todo eso, pero más allá de las nominaciones y canciones importantes para mi vida, como *Quiero que te quedes*, *Champeta rosa*, *Porro bonito...* fue como un acto de fe en que sí podía emprender un nuevo camino. En la música y en la vida, te dicen que tú tienes un cuarto de hora, que tienes que aprovecharlo, que eso ya aquí se acabó, y que yo por qué no sigo por ahí hasta donde aguante, y yo no tuve nadie que me apoyara en ese momento, lo cual quería decir que la loca era yo, pero seguí mi locura. Fue hermoso volver con porro y luego esta película sí responde a esa pregunta de “¿Esta niña no cantaba vallenato?” Respeto profundamente el vallenato, pero cuando la gente ve este documental creo que me entiende un poco, porque yo necesitaba pagar de alguna manera esa deuda pendiente con mi tierra, que ya no la tengo.

Deuda saldada. La siguiente película, *Matilda*, presenta otro nuevo capítulo. ¿En qué momento la maternidad tocó a tu puerta?

Matilda es espectacular, es muy maternal: es la historia de esos vacíos de una niña incomprendida en una familia que no valora lo brillante que es, todos lo ven menos los padres. Suele suceder. Y encuentra el cariño en esa maestra que suple toda esa necesidad que en la casa no tiene... Yo siempre he sido mamá, o sea: yo me creo la mamá de todo el mundo, yo soy la que pregunta: “¿Ya comiste?”

¿Eres la mayor?

Yo soy la de la mitad, pero le robé la primogenitura a mi hermano porque todo el mundo cree que soy la mayor. Yo me creo la mamá, no solo de mis hermanos, sino de mi mamá, de la mamá de mi papá, la mamá de un amigo... Ha sido un proceso importante, mucha terapia. Me pasó una cosa preciosa: le mostré *Matilda* a mi hijo Salomón hace uno o dos años, no sé, hace ya un tiempo, y la amó, le encanta, se la sabe de memoria... Cuando tú ves esto, te das cuenta de que esas son cosas atemporales: estos conflictos son los conflictos de siempre, pero también es un cuestionamiento para nosotros, como padres: ¿les estamos dando la seguridad suficiente a los niños? ¿Sí somos un lugar seguro para nuestros hijos? Ese es mi reto como mamá: que mi hijo siempre sienta que el mejor lugar del mundo es su hogar.

¿Cómo balanceas el ambiente profesional con la vida privada?

No sé, no sé cómo tengo vida. A uno le dicen siempre: Adriana Lucía, la cantante; Adriana Lucía, la mamá... Es la misma: uno no se quita el traje y dice: "Bueno, ahora que llegué, soy mamá". Eso no es verdad, o por lo menos en mi vida no lo es. Yo soy la misma. Es inevitable desvincularse porque esto no es una carrera que tú llegas y dejas el trabajo en la casa. No; es que tú cantas en la casa, tú llevas los músicos a la casa, compones en la casa. Además, mi hijo me acompaña en mi activismo también, la semana pasada le dije de un viaje que vamos a hacer:

-Vamos a salir a tal parte.

-¿Vamos a marchar?

-No, vamos a un viaje de descanso, lo necesitamos.

Es difícil lograr el balance, pero yo voy a aprovechar para dar unos créditos: mi esposo...

¿Cómo se llama él?

Felipe Buitrago. Él es una persona de superbajo perfil, a él no le gusta figurar ni salir en nada. Mi esposo es una persona siempre dispuesta a apoyarme en todo. Mi hijo estudia en *home school* y siempre ha viajado conmigo. Si yo no hubiera hecho eso, no tendría familia, y si mi esposo no fuera como es, no tendría familia ni esposo. Yo le doy todos los créditos así esto ni lo vaya a ver, él no ve redes sociales...

Felipe, vea eltiempo.com.

O un amigo que seguramente sí lo está viendo y le cuenta, eso sí.

La siguiente película va a generar una pequeña contradicción: *El orfanato*. Creo que es la primera vez en El Cine y Yo que usamos una película que no le gusta al invitado, sino que es todo lo contrario.

¿Por qué incluiste esta película?

Yo tuve una fascinación en una época de mi vida. Creo que a los niños les pasa eso y es muy raro porque nos gusta no solo el suspenso, el terror, el terror-terror... Yo te conté que yo era toda ñoña, qué jartera, pero me encantaba el programa *Cine arte*...

¡Con Bernardo Hoyos y Diana Rico!

¡Wow! Las películas que presentaban ahí, los ciclos de terror eran una cosa loca. Esta la vi en cine; recuerdo que fui con Lucy Vives, la hija de Carlos. Y la gente cuando está viendo estas películas, las escenas terribles, les da risa: claro, es risa nerviosa, y a ella le dio un ataque de risa. Yo: "Cállate, que nos van a sacar del cine, Lucy". Esta película me encanta. Tuve que renunciar en una época de mi vida a las películas de terror: yo no sé si les pasa que uno empieza a ver terror y le gusta más, y quieres ver más, que dé más miedo... Esta película está muy bien producida y creo que tiene esa particularidad, la gente siempre piensa que el terror es una cosa del monstruo que salió... No, esto es una cosa bien hecha, mucho más profunda, creo que te mueve bastante.

Más allá del cine de terror, ¿a qué le tiene miedo Adriana Lucía?

Qué pregunta profunda en este momento... Yo no soy muy miedosa de las cosas así de la luz apagada y de los bichos, de eso no. Le tengo miedo a un país como este. En los últimos dos años de mi vida he tenido tres amenazas y me ha tocado estar en la Fiscalía y cosas así. ¿En qué momento terminé metida en este problema? Que por opinar te pueden amenazar. Pero entendí que mi miedo no es a otra persona, sino a que eso haga que uno se calle y que uno se paralice. Le tengo miedo a la autocensura, le tengo miedo a perder el disfrute de lo simple, que se me olvide pa' qué era que yo quería ser cantante. Es una pregunta que me hago constantemente y me da pavor desviarme de ese camino. Creo que eso tiene que ver con la palabra también: tiene que ver mucho con el silenciar las palabras, con uno callarse. Yo hace un año lancé un EP llamado *Que no me falte la voz* y nace de mi miedo al 'yo mejor me callo, no digo nada', '¿y si mejor me salgo de aquí? ¿y si mejor paro?'... Creo que ese es uno de los miedos más profundos. Por supuesto, miedo a que me callen, pero también miedo a yo callarme.

Vamos a cerrar El Cine y Yo con una película colombiana, *Retratos en un mar de mentiras*. ¿Es un reflejo del país esta película?

Iba a hacer un paréntesis para hablar de Julián Román, el protagonista de esta película. Juli es mi gran amigo. Nunca fuimos amigos directos, él era amigo de mis amigos; una gran amiga, Iliá Calderón, es también una de las grandes amigas de Julián. Hace muchos años nos conocemos, hemos compartido, pero nunca fuimos amigos, sino que éramos como el amigo del amigo. Y en estos tiempos, debido a cosas en redes sociales, terminamos ahí juntos. Yo me acuerdo que hice la música para una serie que él hizo para Netflix y nos encontramos en el lanzamiento de esa película –canté con Alejandro Sanz la canción de esa vaina–. Me encontré con él y yo le dije: “Oye, ¿tú y yo por qué no somos amigos?” Y fue la mejor decisión, nos volvimos íntimos.

Recuerdo que cuando fui a ver esta película en cine, tenía unas escenas que son grabadas en Lórica. Yo salí de esa película a llorar como una demente; es la película con la que más he llorado en mi vida. Recuerdo que entré al baño del cine, después de salir de la película, me lavé la cara con jabón, todo chorreado, una cosa terrible, tuve que esperar dentro porque si salgo van a decir que quién me mató aquí, qué me pasó... Y entendí que no solamente era verme la tierra ahí, sino que ese es el conflicto eterno de Colombia. Hace muchos años yo leí un libro de Manuel Zapata Olivella –paisano también–, escrito en 1947, si no me equivoco, que se llama *Tierra mojada*: narra la historia de los desplazamientos, de cómo la tierra fue robada por los gamonales y se la robaban a la gente que no tenía escrituras. Esta película habla de eso: de unas personas que van en búsqueda de esa tierra, las ejecuciones extrajudiciales, el desplazamiento, la guerra... De hecho, esta película fue prohibida, fue muy incómoda, la sacaron y desapareció. Es una película que para mí debería verla más gente, me estremece. En particular veo a Julián ahí, siempre lo llamé a decirle: “¿Cómo es que se llama esa película...?” Es, de verdad, muy fuerte.

Escuchando estos relatos es fácil volverse pesimista. ¿Eres pesimista u optimista sobre el futuro del país?

Al contrario, yo creo que hay que seguir soñando en este país... este país es un acto constante de fe. En lo que no creo es en esa falsa felicidad, y siempre que lo digo les incomoda mucho. No están de acuerdo, siempre hay dos o tres personas que me pelean por lo que yo digo, pero en verdad lo creo. Yo soy una persona genuinamente feliz, tengo una vida tranquila, creo siempre en la bondad de la gente, por encima de miles de defectos, siempre confío. Pero yo creo que este país salta del dolor a la alegría, de la rabia a la alegría, sin hacer un tránsito por ningún lugar. Tenemos la ‘obligación’ de ser felices, todos agarrados de las manos y somos felices... Pero yo he aprendido que hay que entender los tiempos, hay que entender que hay tiempo para todo: para

la rabia, para el dolor, hay tiempo para la sanación y para la reconciliación. Creo que en este país no hemos entendido los tiempos. Yo soy optimista en el sentido de que creo que hay una nueva ciudadanía consciente de eso; no creo en ese optimismo de ‘todos somos hermanos y nos vamos a agarrar de las manos y seremos felices’. Si ese es el optimismo que esperan de mí, no lo tendrán. Eso me parece un comercial de televisión, eso no es verdad.

¿Dónde veo yo la luz? Es lo que veo y es lo que me mantiene en pie y firme: primero, en este estallido de artistas que hay en todos lados. Voy a decir una cosa medio utópica, que tal vez tú vas a decir: “Ay sí, tan idealista, tan boba...” Pero yo creo que este país necesita más espacio para ser feliz: si en los parques de los pueblos y de las ciudades hubiese obras de teatro, cine, danza, música... la gente tendría más espacio pa’ ser feliz. Yo creo que tendríamos una sociedad más sana. Esta sociedad vive de duelos sin resolver, heridas taponadas, se les ponen pañitos de agua fría, ‘somos felices’, el país más violento pero más feliz. Eso es mentira. Necesitamos más espacio para sanarnos. Yo veo la luz en una sociedad que es capaz de pensar como nación. ¿Qué quiere decir eso para mí? Que si tocan a una persona, nos duele a todos. Que podemos pensar diferente, estar en orillas totalmente opuestas, que podemos tener pensamientos políticos y sociales diferentes, pero nos tenemos que poner de acuerdo en un mínimo: la defensa de la vida. Este país tiene que amar la vida, tenemos que aprender a amar la vida. Que cuando uno diga: “Me duele la muerte de alguien”, no haya otra persona que te diga: “Pero quién sabe qué andaría haciendo. Pero quién sabe de esa gente de por allá”. No, nadie merece morir de esa manera, que su vida sea segada de manera violenta. ¡Nadie! Y esas personas que no nos gusta cómo piensan también caben en esta mesa. Eso es lo que yo creo, y esa es la luz que yo veo en una nueva sociedad activa, capaz de verse en el dolor ajeno, capaz de verse en las heridas del otro, capaz de entender que yo no necesito haber pasado

hambre para entender que el hambre es indigna. Uno no necesita vivir muchas cosas para solidarizarse con el dolor ajeno.

Maravilloso mensaje. Muchas gracias por estar en 'El cine y yo'...

¡Qué cosa más linda esta entrevista y este espacio! Me siento muy conmovida, he llorado, se me ha 'despelucado' el cuerpo aquí... Gracias, de verdad, me recuerda cómo el cine y el arte hacen registro y consciencia. Ojalá surjan más películas en Colombia que nos muestren y que nos conmuevan.

Las películas escogidas por Adriana Lucía

TÍTULO	AÑO	DIRECCIÓN	ACTUACIONES
Marcelino, pan y vino	1955	Ladislao Vajda	Pablito Calvo, Fernando Rey
El profe	1971	Miguel Delgado	Cantinflas, Marga López
Como agua para chocolate	1992	Alfonso Arau	Lumi Cavazos, Marco Leonardi, Regina Torné
El piano	1993	Jane Campion	Holly Hunter, Harvey Keitel, Sam Neill, Anna Paquin
La vida es bella	1997	Roberto Benigni	Roberto Benigni, Nicoletta Braschi, Giorgio Cantarini
El pianista	2002	Roman Polanski	Adrien Brody, Thomas Kretschmann, Frank Finlay
Porro hecho en Colombia	2015	Adriana Lucía	Adriana Lucía, Lázaro Cantero y 274 músicos (documental)
Matilda	1996	Danny DeVito	Mara Wilson, Danny DeVito
El orfanato	1998	Juan Antonio Bayona	Belén Rueda, Fernando Cayo
Retratos en un mar de mentiras	2010	Carlos Gaviria	Paola Baldión, Julián Román

Alejandro Riaño,

comediante y empresario
de proyectos humanitarios



Quizás muchas personas no tengan presente a Alejandro Riaño, pero probablemente sí saben quién es Juanpis González: el cachaco rico y presuntuoso –‘petardo’ lo llama Riaño–, que en realidad es el personaje que el comediante se inventó para denunciar los exabruptos de la gente de su clase: Riaño admite que viene “del mundo del privilegio”, se rebeló contra él y en esta charla lo dejó muy en claro. De hecho, en ningún momento habló Juanpis: siempre estuvo la voz de su extremo opuesto, Alejandro.

Por ser una de las conversaciones más extensas, no aplazo más el gusto de leer las historias que contó en octubre de 2021 este exitoso actor y hombre de negocios.

* * *

Su primera película es *Tiempos modernos*. ¿Qué representó Chaplin para su vocación?

Creo que todo. Actualmente, significa mucho en mi vida como parte de una inspiración sobre el proceso que he tenido en la comedia, de entender que la comedia es un arma superpoderosa y de pronto la estaba utilizando de la manera que no era, manejando un humor más banal. Teniendo la voz para

amplificar otros temas de interés, ¿por qué no hacerlo, si la gente estaba yendo a verme hablar pendejadas en los teatros? De un momento a otro, llegué al camerino y pensé: “La gente sale y dice: ‘sí, me reí, pasé rico’... pero no hay reflexión, no pone a cuestionar al espectador”. Remontándome un poco a eso y recordando por qué inicié en esto, Chaplin es un gran personaje en mi vida. Cómo, sin tener que decir una sola palabra –después entró en el cine sonoro–, logra lo que logra: ser vetado en toda la Alemania nazi en la Segunda Guerra Mundial, todo el problema que hubo en Estados Unidos, que lo sacaran por su contenido tan poderoso, en esa película sobre todo cuando él participa en las marchas y hace una crítica directa a toda la industrialización... Es bien fuerte e interesante. Muestra el poder que tiene el humor en el mundo.

Hablemos de sus padres. ¿A qué se dedicaba cada uno?

Mi padre era escultor. Él murió hace quince años, era un artista completamente integral. Mi madre es diseñadora textil. Ella sí está viva afortunadamente. Ellos siempre me inculcaron todo desde el arte; yo crecí con eso desde muy chiquito y creo que es lo que me ha forjado como ser humano y me ha sensibilizado de manera distinta a otras personas, o en los colegios en los que estuve, donde siempre lo correcto era ser el administrador, el abogado o el médico. En mi caso, nunca tuve problemas, no tuve una familia que no me apoyara en eso, mis abuelos se emocionaban muchísimo cuando iban a verme al teatro y era todo un plan familiar. Me acuerdo de mi abuelo dándome plata para que me perdiera en Nueva York, diciéndome: “Compre las obras que quiera, vaya y vea teatro, que eso es lo que le gusta”. Yo me iba chiquito, a los 11 o 12 años, por las calles a ver teatro. Siempre tuve eso ahí. Lo que pasa es que ya en estos últimos días me he dado cuenta del propósito, del porqué me inicié en el teatro. Hasta hace muy poco descubrí que lo mío era más el cine, no lo he estudiado, pero vengo trabajándolo en todas mis producciones. Chaplin es claramente una gran inspiración por eso mismo: era

director, guionista, editor, inclusive era el que hacía su propia música, absolutamente todo. Eso me pasa hoy en día y me inspira a seguir por este lado, tanto así que cada vez involucro menos a mi personaje –Juanpis González– en las producciones; me toca casi que obligado meterlo en un momento para poder sacarlo en mi Instagram y en mis canales porque es lo de Juanpis, pero he ido arriesgándome también: ¿qué pasa si no aparece? Porque estoy un poco más feliz detrás, agarrando una cámara y aprendiendo a diario.

Si la primera película fue un homenaje a la risa, la segunda parece más bien para las lágrimas: *Cinema Paraíso*. ¿Lloró viendo esta película?

Se me acaban de aguar los ojos ahorita... Sí, y ese final es maravilloso también –no vamos a hacer *spoiler* acá–. Es una de las películas que lo reúne a uno en familia, también con la novia o lo reúne a uno en un espacio donde se vale absolutamente todo... Porque si vemos, a finales del siglo XIX cuando George Méliès inicia con todo este tema del cine, siendo ilusionista, puso a soñar a toda la gente. Viene todo el tema del teatro y desde la prehistoria ya se veía a la gente haciendo sombras en sus cavernas con el fuego, cómo se entretenían con estas proyecciones, y lo que logra el cine es impresionante en los seres humanos, porque además nos sitúa en cualquier espacio: donde queramos estar, nos pone a soñar, nos da rabia, nos genera todo tipo de sentimientos. *Cinema Paraíso* muestra eso: cómo la gente empieza a soñar con esa pantalla, las mismas balsas, todos mirando pantallas gigantes, este niño aprendiendo en cada uno de sus encuentros con su mentor, es fascinante. El recorrido que tiene el personaje y cada una de las escenas, la propuesta del director, la música...

Toto, el protagonista de la película, no era necesariamente el mejor estudiante. ¿Por cuántos colegios pasó Alejandro y cuáles fueron?

Por cinco colegios. Sufrí bastante, pero agradezco muchísimo el haber contado con esos padres que siempre me apoyaron: si bien me regañaban

–como debían hacerlo– tampoco era: “Tengo la plata y qué chévere...” Siempre buscaron algún tipo de solución y decían: “De pronto esto no es lo tuyo, no te podemos meter más a matemáticas, a física, a química...” y de hecho, un rector de un colegio le dijo a mi mamá: “Póngalo a validar”. Y ella, superestigmatizada con el tema de los *validaderos*: “Eso es para marihuaneros, drogadictos... No lo voy a meter allá”. Hasta que la convenció. Terminé validando porque el rector, quien me vio un día, le dijo: “Este *man* quiere hacer teatro, que haga lo suyo. No lo metan en este colegio –era el Gimnasio Moderno– porque donde él entre acá, me lo tiro y termina estudiando administración, o siendo abogado o alguna cosa que no es de él, entonces déjelo que vuele”. En ese caso, siempre buscaron llevarme por el lado del arte.

¿Desde el colegio ya se presentaba Alejandro en público y hacía obras de teatro?

Sí, es un poco lo que he criticado desde mi personaje y desde el privilegio que me ha tocado. En los colegios en los que estuve siempre fue un problema, nunca vieron ese lado positivo en mí, entonces cada vez me iban echando de una y en el momento en el que me empecé a presentar, ya la cosa cambió. Es muy chistoso porque, cuando me presenté en uno de esos colegios, dije: “¡Cómo es la vida! La vida da muchas vueltas: me echaron de aquí como un perro y ahora me pagan para que vuelva al final, frente a todos los profesores”. El trato me dolió muchísimo durante años porque siempre me hicieron pensar que era una persona que no servía absolutamente para nada, y realmente servía para ser libre y feliz, lo que mi papá y mi mamá siempre me inculcaron.

Un mensaje para los padres: que no todos los niños deben ser educados igual...

¡Libres! Me acuerdo de mi papá arrodillándose a decirme: “Tienes que ser feliz en la vida. La felicidad es un estado de todo el tiempo, pero además

tienes que ser libre, y la libertad te va a dar esa felicidad, y la libertad te va a hacer un ser más sensible y a hacer lo que quieras sin irrespetar a los demás”. Siempre con el respeto.

Regresemos a la senda de la comedia con *Todo lo que siempre quiso saber sobre sexo y temió preguntar*, de Woody Allen. ¿Cuándo vio esta película?

No recuerdo muy bien la época. Recuerdo que fue con mi papá. Ahí son varios cortos y de uno de ellos hablamos cuadrando esta entrevista, porque lo sitúa en un espacio que muchos podríamos pensar que era imposible: ser un espermatozoide. Esa escena es maravillosa y tiene mucha comicidad, no solo por eso, sino la situación en la que están: hay un par de graduados en un carro teniendo sexo y eso es genial. Creo que va un poco a lo que estamos hablando: Woody Allen escribe, dirige, interpreta, también casi que hace su música, está al frente del proyecto, actúa... Logró inspirarme mucho. La teta gigante en ese mismo corto, corriendo detrás de él, es muy bello. El trabajo de Woody Allen, aparte de su vida personal, que no comparto absolutamente nada de lo que ha hecho, es una genialidad en sus obras.

¿En qué momento Alejandro se sintió tentado por la comedia?

Creo que caemos en la típica historia de: “Vaya, vaya que usted es chistoso”. En todas las navidades en mi casa me tocaba presentar. Tenía unos personajes que se llamaban Tito Tulio y Fabián Asdrúbal. Fabián Asdrúbal es un personaje que estoy construyendo ahora; es el personaje izquierdoso, es como el Petro, se llama Fabián Asdrúbal Chávez. No lo he sacado al aire después de Juanpis; lo haré cuando le dé una muerte digna a mi personaje Juanpis. Siempre estuvo ahí y el Juanpis también siempre estuvo en muchas épocas de mi vida. Fue un personaje que no fue difícil de hacer porque lo conocía de primera mano, de gente que estaba al lado mío, que maltrataba a las personas que trabajaban en el lugar, o las personas que trabajaban con

uno y nunca he estado de acuerdo con eso. Precisamente por esos mundos que tuve la posibilidad de vivir: mi papá vivía acá en el Bosque Izquierdo y siempre el tema del arte estuvo muy latente, al lado de Jorge Ali Triana y muchos otros directores, arquitectos, escultores, pintores... Me recorría todo el centro desde muy chiquito, pero como estaba en ese tipo de colegios, para mí era bien complejo llegar y decir que mi papá vivía en el centro. De alguna manera, tenía a ese Juanpis interno tratando de aparentar algo que no era y me di cuenta de que todo lo real siempre estuvo acá, nunca estuvo allá. Por eso saco este personaje, porque logro salir de esa burbuja y decir: "Nunca he estado de acuerdo con esto". Ha sido la gente con la que he convivido, gente con la que hoy en día ya no hablo porque no tengo nada de qué hablar y no le estaba aportando nada positivo a mi vida. Dejo todo ese mundo atrás, me involucro en el tema de las artes, del teatro, empecé a estudiar en la Casa del Teatro Nacional de Fanny Mikey, encuentro a toda la gente que trabaja hasta las dos de la mañana para poderse pagar su carrera, unos seres humanos increíbles que hasta la fecha sigo teniendo contacto con ellos –dos de ellos son grandes amigos personales de mi vida–. Eso se lo agradezco al teatro porque, si no, creo que nunca hubiera despertado, y de verdad –sin demeritar el trabajo de otros– de pronto habría sido un abogado y estaría defendiendo quién sabe a qué crápula.

Me contó que desde muy chiquito estaba en reuniones con gente más grande.

Sí. Me acuerdo que cuando pasé al José Joaquín Casas –el segundo colegio–, después de que me echaron del Gimnasio Campestre, nunca andaba con los de mi curso. Cuando estaba en cuarto de primaria andaba con los de once y terminé haciendo la emisora del colegio para primaria. Siempre me involucraba con los mayores porque con los de mi edad no me iba muy bien. Un cubano me dijo que yo tenía alma vieja... No sé qué tan cierto sea.

Uno de mis mejores amigos era Fernando Gaitán –que en paz descanse–, a quien quiero muchísimo y también me ayudó mucho en este proceso. Le oí toda su historia de los canales, por eso me pareció tan aterrador y renuncié a ellos por toda esa historia que hay de fondo. Me retiré también porque él era una de las cabezas de este canal, entonces por eso y por todo lo que vivió, en mi vida prometí no volver a la televisión nacional.

Sigamos con Woody Allen pero con una película que no dirigió: *Hormiguitaz*, cuya voz principal la hace él. ¿Esta película refleja su pensamiento sobre las relaciones sociales en el mundo?

Sí, es completamente eso. Muchos pueden ver la película por encima pero es completamente filosófica, también muestra el sistema económico y social en el que se mueve el mundo como tal, y la hormiguita Z también me inspira muchísimo porque es la que se arriesga a salir de la fila: eso ya es muy dicente de todo. Por eso creo que ha hecho parte importante de mi vida. Fue una película que además vi con mi esposa, cuando éramos novios, en un guayabo, empezamos a hablar así, se volteó y me dijo: “Nunca la había visto de esa manera”. Eso es lo bonito de estas películas animadas: muchos las ven por encima, pero la crítica que hace puede ser casi más fuerte que una película normal. Sobre todo, cuando hay comedia detrás.

El sistema social, como está planteado el mundo y la desigualdad me duelen muchísimo porque he vivido siempre desde el privilegio, y creo que quienes hemos vivido en el privilegio tenemos una responsabilidad aún mayor que otras personas de hacer algo. De alguna manera, por vivir en ese privilegio nos vemos atacados tantas veces, como si uno no pudiera tener ni voz ni voto: “Usted cálese, que usted nació en cuna de oro –no sé qué–, no tiene derecho a hablar”. No, precisamente por eso es que debería hablar con más fuerza y potencia. Esta es una película que muestra esa desigualdad: cómo los que están en el poder la pasan bien y cómo a los otros les toca adaptarse a un sistema,

y si no es por eso, la hormiga nunca va a ser libre ni feliz. Parte de mi vida fue ser esa hormiguita y salirme de la fila: vivir en este mundo de privilegios, donde creen que su hijo va a tener un cartón universitario y va a ser el doctor, el abogado de la familia... Y no, me salgo de la fila, voy a ser feliz y libre. “Va a estudiar teatro. Va a ser marihuanero. ¿Quién sabe dónde va a terminar? ¿Qué va a comer?” No sé de qué voy a comer, de qué voy a vivir, pero quiero ser feliz y libre. Afortunadamente, por haber tomado esa decisión vivo más que bien, nunca me imaginé que fuera a vivir así. Además, he vivido no solo con los privilegios que he querido, sino ayudando a los demás. Eso es lo que siempre me ha gustado, lo que me ha nacido en el corazón, eso está en la gente, no es una obligación. Cada ser es un universo completamente independiente.

Acaba de mencionar que vio la película con su esposa: hablemos de ella: ¿Cómo conoció a María Alejandra Manotas?

La conocí por Instagram.

¡No puede ser!

Sí, el tema digital... La conocí por Instagram y por una exnovia también caleña. Me acuerdo que íbamos por la vía del Río en Cali, una gran ciudad de mujeres bellas y de mucho sabor; además, me encanta la salsa. Esa es otra: siendo rolo, bailo bien salsa y me encanta la música. Bajando por la del Río me dijo: “Ahí está María Alejandra Manotas, se cree que es la más linda de Cali”. Y me quedó sonando ese nombre: María Alejandra Manotas. Yo llevaba dos años con esa persona, duramos como cuatro, después me cuadré con otra persona y recuerdo que en medio de un trancón estaba viendo Instagram y apareció María Alejandra Manotas. Le escribí, le dije: “Hola. ¿Cómo estás? ¿Cuándo vas a ir a un *show* mío?” Me dijo: “¿Cuándo me invitas?” En ese momento no estaba haciendo *stand-up* y le dije: “Yo tengo una obra de teatro esta noche, que se llama ‘*Burundanga*’, en el Teatro Libre de Chapinero”. Y me dijo: “Me cae muy bien porque estoy con guayabo y puedo ir”.

Con esa presentación...

Sí... “Me caería perfecto pa’ no salir”. Era algo diferente. Ella fue a la obra, a los ocho días volvimos a hablar, y pues bueno: tenemos una niña de 3 años, unos mellizos pandémicos, toda una vida... Pero muy bien. Desde el primer momento en que la invité a comer, no nos volvimos a separar; de hecho, comimos acá en El Patio –uno de mis lugares favoritos para comer–, la invité a comer allá, no teníamos nada de qué hablar, yo estaba muy nervioso. El segundo día, me acuerdo de llevarla al Bandido y llamar a Fernando Gaitán a que me hiciera la segunda, es una mujer hermosísima, arquitecta, muy inteligente, que me ponía contra las cuerdas...

Lo intimidaba...

Me intimidaba bastante. Llamé a Fernando Gaitán, me dijo: “Ya caigo”. Y me acuerdo de Fer llegando:

–Riaño, ¿qué hubo? ¿Qué hace acá?

–Estoy esperando a Chopo –otro amigo mío, que le dije que cayera–

–¿Chopo viene?

–Sí, me dijo que ya venía

–Pues sentémonos acá...

Y me hizo ahí la segunda. Desde ahí no nos volvimos a separar¹.

La siguiente película es *El tigre y la nieve*, una comedia que también es una película de romance. ¿Cree en el amor?

Bastante. Vea, otra vez me hizo aguar el ojo... Este era un programa pa’ llorar ¿cierto?

Básicamente...

1. Nota del autor: Esta entrevista se hizo un año antes de que Alejandro Riaño se separara de su esposa.

Recordar es vivir... Es una película bellísima. Creo muchísimo en el amor, sobre todo por personajes como Roberto Benigni, porque con su esposa construye una carrera maravillosa centrada en el amor, ese amor imposible por el cual él lucha y lucha. Lo mismo en *La vida es bella*: el cuidado de sus hijos, eso tan importante que es la familia. Esta película nos sitúa en unos espacios maravillosos: desde que entra, cómo es su sueño, que son unas escenas absurdas donde él levanta el pelo y era un oso... Es bellísima la composición, la música, los colores, absolutamente todo. Y cómo se va hasta Bagdad a salvar al amor de su vida y le da un giro al final, hermoso, en Roma. Creo en el amor, también en la familia y en todo lo que propone Roberto Benigni de un trabajo como pareja.

Le pregunté por el amor porque literalmente sus amores están plasmados en su piel. ¿Por qué no mostramos los tatuajes que reflejan justamente esos amores?

Acá están: Antonio, Matilde y Agustín.

¿Quiénes son ellos?

Mis hijos, están en orden... (se quita la bota y descubre su pantorrilla derecha).

Esto fue con *striptease* incluido. Yo pensé que era tomando el pelo.

No, me fui. Vea: Ahí está el AMA. Nos queda muy lindo así, porque las iniciales de Antonio, Matilde y Agustín forman AMA, todo lo que me inculcó mi papá desde muy chiquito: ama de todas las formas. Por eso acepto que donde hay amor, ahí hay libertad, y buenos seres humanos, hay sensibilidad, hay un mundo distinto, utópico, que yo me imaginaba, con el que muchos soñamos. Este ojo que está acá es una escultura de metro y medio de mi papá, que de hecho la tengo en mi casa, es por la que supuestamente nos vigila. Se llama *El ojo guardián*.

Toda su familia está plasmada en su piel.

Sí, acá están mis hijos, mi papá... Oiga, falta mi mamá.

Ese tatuaje no lo podemos mostrar todavía.

Acá está Chaplin (señala su otra pierna). Acá hay una firma de Juanpis también; digamos que el lado de la comedia lo voy a tener acá y en la otra pierna, el tema familiar.

La familia representa muchísimo en su vida.

Sí, he tenido muchísimo apoyo: trabajo con mi hermana, María Riaño.

Esperábamos tenerla aquí en la Cinemateca...

Quería venir, pero me pone nervioso cuando me ve. Le dije: “No, mejor que no vayas.”

Las mujeres lo intimidan, me acabo de dar cuenta.

Sí y la gente que está cercana a mí, los de mi círculo me intimidan y eso es bonito porque siento mucho respeto hacia ellos. Cuando los veo ahí es como: “Juepucha, ¿será que les gusta, será que no?” Es chévere. Con mi hermana he venido trabajando hace ocho años y nuestros sueños siempre eran nunca trabajar por plata. Nunca nos lo inculcaron de esa manera. Como me lo dijo mi papá: “Trabajar desde el corazón, con mucho amor”, y es lo que hemos hecho... Ella es historiadora, estudió becada Historia y Literatura en Los Andes, muy pila, y terminó renunciando a todo pa’ irse a trabajar conmigo. Me dijo: “No voy a trabajar contigo pa’ ser tu mánager; que la hermana le esté cobrando al hermano plata por su trabajo me parece horrible. Más bien, miremos cómo hacemos proyectos, cómo nos juntamos para hacer cosas muy grandes”. Y eso es lo que hemos venido haciendo: todo el trabajo que hemos llevado a cabo, gracias a mi comedia, gracias a lo que hicimos con *Un canto por Colombia*, un canto por las regiones, que ha sido un evento que hemos organizado para beneficiar a muchísimas familias, porque la verdad es que nos duele. Mucha gente pensará que eso

es de alguna manera populismo porque lo utilizan muchas personas en este mundo de tanta mezquindad... En verdad, cuando uno empieza a ir a los territorios y empieza a trabajar con las comunidades, se da cuenta de lo mal que estamos. Muchos hablan por hablar desde su privilegio, pero cuando uno sale de ese privilegio y ve que hay unos niños comiendo de una basura –como vi en el barrio Olaya Herrera, en Cartagena–, a sabiendas de que mi hija podría ser esa niña, dije: “¿En qué mundo vivimos? ¿Qué es este absurdo?” En una de las ciudades más pobres de Colombia, Cartagena, con toda la plata del mundo, las refinerías, el turismo. Y la política allá –y en todo el país– es una basura.

A mí me pueden llamar de todas las maneras: tibio, izquierdoso, que apoya a los de la derecha por el personaje y les hace publicidad... Me saben a mierda los políticos, lo digo así directamente, todos, absolutamente todos. No le creo a ninguno porque no es un tema altruista por el que entran, es un juego, es un tema de interés y el interés es también jugar con ese dolor de la gente. Ya arrancaron a hacer campaña y siguen hablando del cuatro por mil... ¿Cuántas campañas nos han hablado de lo principal? Les valen cinco las comunidades. Ayer hice una mofa de eso precisamente: ver a unos jóvenes –en lo de jóvenes con Cabal– hablando del porte legal de armas por encima de la educación. ¡Es un absurdo! Hablar de igualdad en este país es muy complicado porque no todos somos iguales, eso es una mentira, y las cosas hay que ganárselas trabajando. Sí, pero cuando uno nace en lugares tan abandonados, de tanta desigualdad, donde no hay opciones, de verdad que son paupérrimas: que le toque usted caminar cuatro horas para llegar a su escuela –si es que hay escuela–, o para ir por el agua... Ya ahí hay un tema de retraso muy grande. Para que esa persona salga adelante es muy complicado. Es brindar educación, salud y eso ya lo pone a uno del otro extremo. Ahora ya no se puede hablar de ninguna

parte: si yo critico cómo ha venido trabajando el gobierno, entonces estoy apoyando al otro señor... En absoluto: no creo en ninguno de los dos bandos; los extremos son muy peligrosos.

La siguiente película es *Taxi Driver*. ¿Qué historia familiar está asociada con ella?

Primero, el tema de Nueva York lo viví desde muy chiquito por mi abuelo, quien estudió en Hanover –estado de Nuevo Hampshire– en Estados Unidos, pero una de sus ciudades favoritas era Nueva York. Se me asemeja mucho a lo que también pasa acá en Bogotá: es una ciudad que no para, que vive de afán, donde muchos llegan con sueños que se ven frustrados por lo pesada y densa que es la ciudad. El que no la comprende termina en el suicidio, prácticamente... Eso pasa muchísimo acá: hay gente que viene de otras regiones buscando posibilidades en su vida, y por lo mismo que estábamos hablando anteriormente, abandonan a su familia para buscar un mejor futuro para ellos, y se van a un lugar donde son maltratados, donde la gente está enfocada solo en la plata, el trabajo, y tienen que hacer eso pa’ solventar el hambre de otras personas, no sabemos por qué, nadie mira al lado, a nadie le importa qué hace el otro... *Taxi Driver* es una película muy densa y una historia muy fuerte; fue eso mismo con lo que iniciamos, hablando de mi abuelo que me dijo: “Vaya, piérdase y mire a dónde entra”. Y yo chiquitico, de 11 años, entraba en unos barrios que yo decía: “¿Qué es esto?” Era un peligro lo que hizo mi abuelo: uno, de 11 años, solo en Nueva York sin saber hablar bien inglés, sabía volver al hotel...

Esta película muestra la densidad de esa ciudad. Un excombatiente de Vietnam, también muy ignorante, no tiene absolutamente nada en la cabeza y eso lo muestran en la escena cuando está con Betsy y la lleva a ver cine porno, es un absurdo. Y cómo se empieza a obsesionar con la noche neoyorquina, además es noctámbulo... Más que eso y más que la ciudad, yo

creo que el tratamiento que Scorsese le da a esta película es maravilloso: la planimetría del color, cada una de las tomas que también me inspiran muchísimo en muchas de mis producciones. Esa donde él está hablando por un teléfono y la cámara queda completamente sola en un pasillo es genial y es muy diciente también.

La película habla también de la descomposición social. Quisiera preguntarle si hubo alguna historia personal que lo motivó a hablar de estas inquietudes sociales.

Siempre he trabajado en temas sociales, lo que pasa es que no los visibilizaba por una razón: es una cosa muy mía. Los empecé a visibilizar porque como todo en este país, la plata se la roban, y todos esos actos y todos esos trabajos sociales que he venido haciendo hace 21 años y trabajando con las comunidades, yendo a los territorios a estar con ellos, buscándole soluciones, aprendiendo –la gente cree que uno va a enseñarles y eso es mentira–. Uno aprende en cada una de las comunidades porque son personas que a pesar de la falta de educación llevan algo en la sangre maravilloso, un don de gentes, hay una sensibilidad, una cultura, un amor, unas ganas, sueños que se frustran muchas veces... Y lo empecé a visibilizar porque las últimas instituciones a las cuales les di la plata para apoyar ciertos temas nunca me respondieron por nada. Yo me emocionaba tanto que iba a la papelería al lado de mi oficina, que en ese entonces quedaba ahí en la 82 con 15, iba a imprimir el cheque gigante y lo entregaba feliz y decía: “Hicimos un recaudo de noventa millones de pesos más una camioneta que la pueden vender y son doscientos millones de pesos, vamos a poder construir ese teatro que tanto le hace falta al Chocó”... Y hoy no hay teatro. 1, 2, 3 por Mocoa –busquen la institución con la que se trabajó–, le entregamos casi que sesenta millones de pesos... No tengo idea de haber construido una ventana. Les dije muchas veces que quería ir a ver cómo trabajamos y a ver a quienes les

íbamos a entregar la plata que habían perdido todos sus negocios... nada, absolutamente nada.

En pandemia me volvieron a llamar: necesitaban que los apoyara en pandemia, a hacer unos temas, la gente estaba muy mal y les dije: “En la p... vida vuelvo a trabajar con ustedes”. Empecé a visibilizar eso porque todos los eventos que hacemos son para estos grandes recaudos: el último que hicimos en el Arena Movistar hicimos un recaudo de quinientos ochenta millones de pesos, con eso logramos construir un colegio que hoy atiende a más de seiscientos niños y a madres que...

¡El colegio existe!

Existe y hoy ya atiende a más de seiscientas personas diariamente. Y logramos construir un centro de recuperación de alimentos en Cartagena con la fundación Alimentar Colombia, que alimenta a novecientos niños, y ahorita con el trabajo que estamos haciendo va a lograr llegar a mil o a dos mil. Hay una historia que yo metí en uno de mis cortometrajes, llamado *Los invisibles*: Diana Ángel está en una escena, donde le preguntan: “¿Cómo están los niños?” Y les dice: “Ahí los tengo durmiendo, porque anoche me tocó ponerles a calentar el agua diciéndoles que era una sopa...” y que ya iba a servirla, esperando a que ellos se quedaran dormidos porque, en realidad, no había sopa. No tenía nada para darles. Esta es una historia real en Cartagena, que le ocurrió a una mamá que perdió a sus hijos por eso mismo: por la falta de oportunidades. Por no poder llevar un plato a la casa, y los dormía de esta manera. Esto es muy duro: una semana después, hubo un niño que había perdido la vida por esto mismo y lo tuvieron como unos quince o veinte días en la casa porque no tenían plata para enterrarlo ... Por eso arriesgo mi vida, no sé si valga la pena a veces, pero me voy de frente...

¿Ha recibido amenazas?

Sí. La que expuse fue una cosa que había salido en Twitter. Afortunadamente no me han llegado a la casa, espero que no pase. Está bien que las redes sociales sean un espacio para hablar y expresarse, pero hay una línea que no se puede cruzar. Encontrar en Twitter una persona diciendo: “Ojalá le maten los mellizos a Alejandro”. Pues tocaba denunciar y ahí salió a pedir perdón. A lo que me refiero con todo esto es que no sé si tenga sentido o no, pero sí ha venido cobrando sentido con todos estos actos que he venido haciendo con mi hermana, con toda la gente que se ha juntado, con el mismo espectador que paga una boleta y da su tiempo para ir a un evento y apoyar a tantas personas que lo necesitan. Son esos estados de felicidad de los que hablo.

Seguimos con *La estrategia del caracol*, película en la cual Víctor Mallarino hace el papel de un tipo rico e indolente. A propósito, ¿cómo nació Juanpis González?

Esa película es maravillosa. Habla precisamente de la dignidad, cómo acá no se dignifica la vida de las personas y cómo ese trabajo colectivo de alguna manera ayuda que ellos sobrevivan en esa casa y voten –no sé si hacemos el *spoiler*–, pa’ todos es muy conocido el *Aquí tiene su hijueputa casa pintada*. Escrita también con Ramón Jimeno y Humberto Dorado.

¿Cómo nace Juanpis? De toda esta insatisfacción, de toda esta indolencia... en mi casa no existen los estratos. Es algo con lo que peleé desde muy chiquito. Crecí en un restaurante, en un sueño de mi abuelo de mantener a su familia en un mismo lugar. En el restaurante *El Pórtico* crecimos, tenía a todas las personas al servicio, si quería comer caminaba un par de pasos y estaba el restaurante. Crecí con todos ellos: los meseros, el jardinero... Pero no por ser el hijo del dueño pasé por encima de ellos. Nunca jamás. Se volvieron mis amigos y hoy en día lo son, y son personas que cuando me ven me demuestran el respeto que yo les tengo a ellos, y la alegría que hay de volver a encontrarnos;

trato de ir mucho a almorzar al restaurante. Veo muchas familias que ni siquiera dan las gracias, ni siquiera piden el favor, maltratan a la gente. Crecí con el tema del plato en la mesa y decir: “Venga para acá, señor. Llámeme al dueño. ¿Qué es esta vaina?” Y viendo todas esas escenas, dije: “Esto no puede ser posible”. Y me pasó también con Dieguito, quien trabaja conmigo desde hace siete años, es muy amigo y es quien me cuida hoy en día. Un amigo, saliendo de un lugar, lo maltrató, Diego me llamó y me dijo: “Venga, este tipo ya se pasó”. Y le dije: “No lo deje. Primero está usted, déjelo ahí botado”. Y hasta hoy no volví a cruzar palabra con ese personaje, porque absolutamente todo el mundo, venga de donde venga, merece el mismo respeto.

En mi casa todos nos sentamos en la misma mesa, en mi casa no existe lo que creamos nosotros los seres humanos en la cabeza: los estratos sociales. Entonces tú, por ser de un menor estrato que yo, ¿no te puedes sentar en la misma mesa, sino que tienes que comer en la cocina? Eso es un absurdo y no debería pasar. O llamarlos con campanita, como si estuviéramos todavía en la época de la esclavitud. No. Pides el favor. Es un absurdo este mundo en el que nos movemos, en el que la gente cree que por tener el poder, o un poder adquisitivo mayor, puede tratar a las personas como si fueran una basura. De hecho, las personas que trabajan con uno se merecen muchísimas cosas más de lo que merece el mismo doctor o el mismo abogado, porque el trabajo al servicio es algo muy bonito, el estar al servicio de los demás es algo muy bonito.

Juanpis González ha representado un salto en su carrera, aparece en todas partes... ¿No siente que a veces Juanpis González opaca un poco a Alejandro Riaño?

No lo pienso de esa manera. Fue algo que tampoco me esperaba, fue hecho también con el corazón: llegué donde mi hermana escribiendo el universo de Juanpis, como me enseñaron en el teatro: cómo habla, cómo

camina, cómo se expresa, qué piensa, para dónde va, cuál es su fin, tiene o no tiene, es un niño riquito y ya, ahí se acabó el discurso... Construí el personaje y le dije a mi hermana: “Tengo esto”. Conozco a plenitud a los personajes, he estado con ellos, no comparto absolutamente nada de lo que dicen o hacen. Y sí me cambió la vida de alguna manera, y creo que era por ser fiel a lo que me decía mi papá: ser fiel a estar en un teatro, no solo hace reír sino dejar algo. Al final del *show* de Juanpis González, siempre cierro con una reflexión, quitándome la máscara y quitándome todo lo del personaje, para explicar lo que no se debe hacer como ser humano.

Sí hay muchas personas, sobre todo de ese estrato, que no han entendido y dicen: “Me parece horrible, me parece tenaz que se burle así. ¿Quién es este tipejo? ¿Qué se cree?” Y eso me gusta más. Parte de las peleas mías con la serie de Netflix fue eso, me dijeron: “Tenemos que humanizar al personaje, no puede haber un protagonista villano, ¿cómo le va a caer bien a la gente?” Y yo explicándole a la gente que no me interesa ser el héroe de la serie, de hecho el personaje debe quedar mal, cada vez que llevo a un invitado al *show* le digo: “No se preocupe, el que debe quedar mal siempre es el personaje”. Porque le estoy atribuyendo todo lo malo que tiene un ser humano: racista, xenófobo, machista, clasista, todo lo que no debemos hacer como seres humanos. Mucha gente no lo ha entendido y hoy por hoy no lo entienden... La misma Cabal –es muy complicado que alguien que siga a la Cabal entienda el humor–, hasta sus mismos seguidores me escribían: “Me parece tenaz”. Y yo les decía: “Si ustedes se ponen a ver el video, ninguna frase es creada por mí, todas las frases son de esta señora, ella las dijo”. Ahora resulta que denunciar lo que pasa en nuestro país se volvió una forma de dividir. Es que debemos alzar la voz y decir: “Algo no está bien”. Tan solo pónganse a ver el debate de Vicky Dávila con el Centro Democrático; pónganse a ver la entrevista, ya uno dice: “Estamos muy mal.”

Yo agradezco todos los días no estar nunca de acuerdo con Juanpis González.

Muy bien. Me van a dar durísimo y me encanta, ya es un fetiche. Me gusta que me den duro.

Demos un salto radical con la penúltima película, *La casa de las dagas voladoras*. Es un poco extraña la selección de esta película...

Esta es una película bellísima, no solo como está propuesta por el director, quien es de la escuela de Kurosawa y de Francis Ford Coppola, sino porque es impactante: los efectos especiales, la trama, pero sobre todo los paisajes. Tengo entendido que fue rodada en Ucrania y es maravillosa. Nunca había visto una película china y para mí fue un gran descubrimiento en ese momento. Fue una película que conocí en el laboratorio que hacíamos en el *validadero*. Como todos éramos vagos y drogadictos según las clases altas bogotanas, nos estábamos reuniendo siempre a las siete de la mañana para ver películas de interés común.

De hecho, Alejandro me contó que si bien estudió teatro, lo que quería en el fondo era estudiar cine. ¿Qué experiencia tuvo a ese respecto?

Sí. Creo que por eso inicié en el teatro, fue mi primer acercamiento. Mi papá me dijo: “Si quieres estudiar cine, chévere que hables con Rosario Jaramillo –quien fue mi profesora de voz en la Casa del Teatro–, que te explique con Brunilda Zapata y Ana María Vallejo, háblate con ellas y haces un taller a ver si te gusta. Pero vas a tener un mayor espectro a la hora de dirigir tus películas, después diriges, te metes a estudiar dirección, después producción, después fotografía... así vas a tener un mayor conocimiento del arte”. Me metí a estudiar un taller en la Casa del Teatro Nacional, de cuatro a seis de la tarde, y me enamoré del teatro. Mi primera obra fue *El rinoceronte*, de Ionesco. Una obra de teatro del absurdo. Ahí dije: “Quiero

hacer la carrera”. Me metí a hacer la carrera, me fue muy bien en la obra porque recuerdo que cuando me tocó ir a hacer la audición, entré a hablar con Brunilda y me dijo: “A ti no te voy a hacer audición, ya vi el trabajo y te funciona mucho la comicidad en el escenario porque la trabajas”. Y así fueron mis primeras obras de teatro: *Lisístrata*, de Aristófanes, y de hecho creo que la segunda obra que me pusieron fue porque Ana María Vallejo dijo: “Todos sacaron cinco”. Primera vez en mi vida. “A Alejandro se le da muy bien lo de la comedia, entonces vamos a hacer algo diferente este semestre y vamos a hacer una obra que se llama *Los ciegos*, de Maurice Maeterlinck”. También me fue muy bien y me gustó muchísimo. Recuerdo un profesor llamado Gilberto Bello que dijo: “Alejandro nunca será un buen actor –eso me quedó marcado a mí para siempre–, pero va a tener una importancia muy grande en la comedia en este país”. Me lo dijo así; hoy en día recuerdo sus palabras.

Gilberto es un gran crítico de cine...

Hoy en día no me saluda, creo que no le gusta lo que hago. Le extendí la mano así en una obra de teatro y ahí mismo se fue. Era de esos profesores cuyo pensamiento no comparto porque nos generó mucho odio en la clase: él odiaba a los actores de televisión, después uno entiende que esos mismos actores de teatro que hicieron televisión tienen que comer. En el momento, cuando uno está haciendo teatro, uno se vuelve muy racional con ese tema: íbamos a los a los Festivales Iberoamericanos de Teatro acá, veíamos al actor de teatro y ya uno decía: “El actorcito, este petardo se cree pues...” Y fue por ese tipo de profesores; me dolió muchísimo porque para él todos los que hacían televisión eran malos, y uno tiene que alimentarse de alguna manera, es una forma de sobrevivir de muchos. El teatro y el arte acá no son muy bien pagos y a muchos les toca muy duro, sobre todo en pandemia, cuando fue tan duro para el sector cultural.

Sobre el cine, me acuerdo que yo hacía películas con la Betacam de mi papá. Una se llamaba *El mal de la mariposa negra*. Yo tenía 8 años y era una mariposa negra que estaba en la casa, le hice persecución por todo el apartamento. Cuando agarraba una cámara, se me olvidaba el mundo. Era lo mismo cuando mi papá me metía en clases de pintura: se me olvidaba el resto del mundo y siempre he sufrido de déficit de atención, pero en esos momentos estoy muy concentrado. Cuando estaba en clase de matemáticas claramente estaba haciendo el chiste, me sacaban, iba a la rectoría, siempre era el niño problema. Pero cuando había algo que tenía que ver con la pintura, la escultura, el cine o el teatro me embelesaba. De verdad, yo nunca había sacado cinco en una materia; para mí ver cinco en Cuerpo, cinco en no sé qué... Yo decía: "Ana, ¿soy yo? Debe haber una falla". Y hacía yoga, capoeira, tai chi... era muy obsesionado con mi trabajo. Ahorita que empezaron todas las producciones de Juanpis González, las cuales escribo y dirijo, soy el que hace la cámara con Felipe, mi editor, y estoy en la dirección. Me di cuenta de eso cuando agarré la cámara: volví a ese propósito por el que inicié en esto.

¿En cuántas películas ha participado Alejandro?

De cine, dos. Han sido mis peores momentos, pero creo...

¿De verdad?, ¿Por qué?

Uno no solo llora, también recuerda cosas muy... Igual, de todo eso hay un aprendizaje. Si hay algo que ame en la vida es aprender a fracasar y aprender a tomarlo con dignidad, porque la gente cuando se enfrenta el fracaso no se vuelve a levantar. Y de hecho, es una de las cosas más maravillosas de la vida: estar ahí y darse cuenta de que es un cachetadón de la vida. Decirle a uno: ¡Ey, levántese que por ahí no es! Y efectivamente, por ahí no es, la misma vida te está diciendo que por ahí no es; estas películas fueron eso. En ese momento para mí era muy emocionante ir a hacer

una película. Además me acuerdo que antes de hacer mi primera comedia en cine colombiano, acababa de ver *Mar adentro*, de Alejandro Amenábar. Había visto el detrás de cámaras, donde estaba Javier Bardem hablando de cómo fue la creación de su personaje y cómo la llevó a la interpretación. Además, interpretar a Ramón Sampetro, quien fue el primer hombre en practicarse la eutanasia legalmente en el mundo... Es que me acuerdo: en una maqueta blanca grandísima donde Amenábar explicaba dónde iban los tiros de cámara, vamos con este plano acá, todo el *storyboard*, todas las reuniones, el tema de la escenografía, fotografía, el arte... Es que además el cine, al ser el séptimo arte, reúne a los otros seis artes: la danza, la fotografía, la literatura, la pintura, la música... Era fascinante.

Llegué a una película en la que mi primera escena fue con Santiago Alarcón. Yo nunca había hecho nada con cámara, porque siempre he hecho obras de teatro, nunca he hecho televisión –siempre me han llamado para hacer papeles y siempre he dicho que no, porque no me gusta-. Me ponen en la escena, en un sofá y llega Santiago Alarcón, quien tiene todo el bagaje del mundo en televisión, en cámara, en cine... Arranca, es mi primera escena en el cine y se me empieza a quebrar la voz. Cierro, no sé cómo cerré ese diálogo, y le digo al director:

– Qué pena. Perdón, era mi primera escena. ¿La puedo repetir?

– Fresco, que eso en edición lo arreglamos. Córrame ese sofá. Vamos pa'l otro lado.

Y me iban llevando pa'l otro lado a hacer la siguiente escena en una película que se hizo en doce días. Yo dije: “*Okay*, mucho genio”. Porque si Chaplin se demoraba un año en hacer una película, Woody Allen, seis meses, y este *man*, doce días: el genio es el que la hace en doce días... Fue aterrador, mi actuación tampoco me gustó, pero a esa sí fui al estreno. En cambio, a la segunda, que fue la que me enseñó a decir que no en la vida,

fue eso: el director y el guionista me llamaban y me llamaban, me insistían y me decían:

– Por favor, este personaje está escrito basado en ti, está inspirado en ti. Hemos pasado noches enteras escribiendo.

– No, qué pena. Yo tampoco los obligué a que lo hicieran, pero de verdad es que no quiero.

– Venga, Riaño, por favor

– Bueno, *okay*. Hagámosla

Creo que fueron los peores veinticinco días de mi vida rodando. Llegaba a llorar a mi casa, nunca había estado de mal genio, yo nunca estoy de mal genio, soy muy tranquilo, llegaba a llorar a donde Mari y le decía: “No puedo con esta vaina”. De hecho, no fui al estreno. Muchos se están enterando en este momento –el director y eso– que no había ido porque no quería ir, no estaba ocupado realmente ese día. No me gustó, pero de todo se aprende. No demerito el trabajo sino que no creo mucho en la comedia colombiana, le falta muchísimo para ser buena en el cine.

Sobre todo con esos referentes que estamos viendo acá...

Son referentes de situación, que era lo que hablábamos antes de iniciar la entrevista: en Colombia estamos acostumbrados al *punch line*, al chistín en la escena y a caricaturizar al personaje. En cambio, las grandes comedias del mundo son comedias de situación, son situaciones sobre todo dramáticas.

Despidamos El Cine y Yo con *El hijo de la novia*. Hay una escena, en particular, que le fascina a Alejandro. ¿Por qué no la describe?

Cuando llega Ricardo –Darín– a donde su amigo del momento y le dice:

– ¿Qué es de tu vida? ¿Qué hacés?

– La estoy rompiendo, no te imaginás. Estoy haciendo cine, mejor dicho soy uno de los grandes actores de este país.

Y cuando Ricardo se va a hablar con el amigo, llega al *set* y descubre que es un extra. Los extras le imprimen casi que todo a una escena, como decía Jorge Alí Triana: “No hay nada peor que un mal extra”. Porque se puede tirar una escena: está el personaje acá en primer plano y al fondo pasa el *man* mirando hacia la cámara, ahí asomado, y se tira la escena. Esto es más para los que hemos estado en este trabajo, y es muy chistoso cómo alguien puede dañar una escena: En *El hijo de la novia*, el actor principal está superconcentrado en un monólogo tremendo, y al fondo este otro personaje le está diciendo a Ricardo que está enamorado de su mujer. Y se empiezan a agarrar ahí atrás, el actor sigue en este primer plano y se ve de fondo esta gente peleando... Es maravillosa, tiene mucha comicidad. Ahí es cuando me refiero a que no tuvieron que meterle chiste al guion, no tuvieron que hacer nada más allá de lo que es la situación: pone en aprietos al personaje, ya la situación es muy dramática. Él le dice: “Estoy enamorado de tu mujer” y gritan: “¡Acción!”... Claro, no pueden hablar en la escena, entonces el *man* sigue... “¿De qué me estás hablando, boludo?” ¡Es muy cómica esta escena!

Esta película también habla de un problema de salud. ¿Cómo lo trató la pandemia?

Debo decir que afortunadamente todo salió bien. Sé de muchos colegas que no la pasaron de la misma manera. Antes de la cuarentena, yo había estado con un amigo que venía de España, un cantante muy amigo, quien vino a conocer Colombia, me llamó un día y me dijo: “Van a cerrar mi país, me toca devolverme ya”. Y yo dije: “Si van a cerrar España, van a cerrar a Colombia en ocho días”. Me adelanté al tema e hice una reunión con todos los de la oficina, éramos quince personas en ese entonces, hoy en día somos setenta y un personas trabajando, se creció muchísimo por el tema del teatro, por el restaurante, tenemos todo un tema bellísimo de fondo con este nuevo proyecto: creamos una plataforma digital estilo Netflix que se llama

The JP Channel –de Juanpis–, gracias a la cual no solo logramos construir un centro artístico en Condoto, sino también parte de ese porcentaje iba para Techo Colombia, que sí es una institución completamente responsable, con jóvenes voluntarios de todo el país, que realmente dignifica la vida de los demás. Construyen las casas y he estado ahí construyendo con ellos; llevamos ya tres años trabajando juntos, con ellos y con Colombia Cuida Colombia. Digamos que eso salvó la empresa, que no tuviera que sacar a nadie, que pudiéramos montar ahorita el teatro y el restaurante, que podamos apoyar a tanta gente que la pasó muy mal, porque también lo hicimos con *Un canto por las regiones...* logramos darle la vuelta de alguna forma.

La gente crítica mucho y dice: “Se volvió un Juanpis, ahora cobrándole a la gente”. No, lo que pasa es que no estamos con el aforo al cien por ciento y nos demoramos un poco, hay gente que ha pagado un año por estar en la plataforma y hay miles de personas usándola. La plata que hay que devolver es gigante, es plata que ya está en Riaño Producciones y en diferentes proyectos sociales que tenemos, y la intención con esto es precisamente, como somos completamente independientes, en el momento en que estemos al ciento por ciento y llevemos unos meses, lograr liberar todo el contenido, pero ha sido un trabajo enorme tener una plataforma: tenemos más de trescientos cincuenta contenidos de Juanpis, acabamos de comprar los derechos de cuarenta películas de *El Gordo y El Flaco*, los derechos de veinticinco películas estadounidenses de comedia, para ser la primera plataforma de comedia en el mundo –que no existe–... Ha sido un proceso tenaz: se cae la plataforma, no estamos preparados para eso, cuando hay una gran entrevista la gente no se puede suscribir, a unos les hacen el cobro y no pueden entrar, entonces hay que hablar con los que hacen el cobro, y me gano puteadas –por decirlo así– de: “Usted es un ladrón”. Cuando son Paypal y PayU quienes tienen que resolver el problema, no soy

yo recibíendote la plata en mi casa... es bien difícil ese tema pero nos ha solucionado muchísimas cosas.

Hoy tenemos un gran proyecto que ha ayudado a muchísimas personas que no tenían empleo por culpa de la pandemia, casi que todas las personas que están trabajando con nosotros eran del sector cultural, gente que hoy en día está en el restaurante, que tampoco tenían un empleo, el proyecto es muy lindo. También trabajo todo el tema de responsabilidad social en cada uno los proyectos: la ropa de Juanpis la hace la gente de Bosa York, una comunidad en Bosa que trabaja con moda para que no exista esa brecha social de que la moda solo pertenece a la clase alta o a la élite, sino que pertenece a todo el mundo. De hecho, ya han salido tres o cuatro diseñadores de este proyecto que han estado en pasarelas en París y Nueva York. El mismo café es trabajado con madres cabeza de familia. La cerveza tiene un tema de maquila, hay gente de Venezuela trabajando legalmente en esta planta. La comida es comprada directamente al campesino, saqué toda la Coca Cola y todas las grandes marcas y metí las cervezas artesanales, porque no creo en la competencia, la competencia debe ser contra uno mismo. Es como Buster Keaton y Charles Chaplin: se la llevaban muy bien y podrían ser competencia, pero no se pisaban los talones.

De hecho, Keaton está en las últimas películas de Chaplin.

Exacto. Por eso, creo que la vida me ha fluido de manera positiva, por no querer pisotear a los demás, por hacer las cosas con el corazón, por tener un equipo de trabajo completamente entregado a lo que estamos haciendo hoy en día por Colombia y por nosotros mismos, porque nos duele. Es maravilloso que detrás de todo hay un gran proyecto.

Finalmente, ¿cómo quisiera que recordaran a Alejandro Riaño?

Uy, qué lindo eso. No, nunca pienso en cómo me recuerdan, vivo el día a día realmente. Puede sonar a cliché, pero nunca estoy pensando en: "Con

este video la vamos a romper. Con esto vamos a hacer esto”. Vamos trabajando el día a día, vamos investigando temas de interés general que duelen. De hecho, lo dije hace poco: no está chévere que haya tanto contenido todos los días y que tenga que salir a poner una buena cara para hacer reír, pero dejar algo frente a cada uno de los videos es muy doloroso. Hay veces que pienso que sería chévere poder hablar siempre desde la banalidad, y en los últimos guiones, antes de acabar al personaje estoy tratando realmente de adentrarme un poco en esos videítos de Juanpis superbanales del inicio, también tenerlos con los de política, y con el noticiero va a haber un nuevo formato que se llama *Al ruedo con Juanpis González*, con todo lo de la campaña electoral: es sentar a dos personas sorpresivamente, sin que sepan quién es quién, abrir una cortina y ser el moderador de este nuevo formato para demostrar que la salida está en el diálogo. A uno le dicen que divide... ¡Los que están dividiendo son los mismos políticos! Y no debería ser así: si tanto les interesa el bien común, únense ustedes allá en ese nido de ratas... No digamos ‘ratas’ porque la rata es un ser maravilloso y no merece que lo tratemos de esta manera, pero se reúnen allá a beneficiarse ellos solos. No entiendo de verdad cómo duermen. Yo no duermo sacando un video de denuncia; no duermo del estrés y el dolor que me da, no entiendo de verdad ellos cómo se acuestan con una sonrisa comprando fincas y todo lo que tienen –porque con un sueldo de treinta y tres millones de pesos no pueden comprar todo lo que tiene cada persona, esa cantidad de casas, ni de carros, ni esa vida que tiene, es imposible–. El robo es de todos.

Las películas escogidas por Alejandro Riaño

TÍTULO	AÑO	DIRECCIÓN	ACTUACIONES
Tiempos modernos	1936	Charles Chaplin	Charles Chaplin, Paulette Godard
Cinema Paraíso	1988	Giuseppe Tornatore	Philippe Noiret, Salvatore Cascio
Todo lo que siempre quiso saber sobre sexo y temió preguntar	1972	Woody Allen	Woody Allen, Gene Wilder, Tony Randall, Burt Reynolds
Hormiguitaz	1998	Eric Darnell y Tim Johnson	Woody Allen, Sharon Stone, Gene Hackman
El tigre y la nieve	2005	Roberto Benigni	Roberto Benigni, Nicoletta Braschi, Jean Reno
Taxi Driver	1976	Martin Scorsese	Robert De Niro, Cybill Shepherd, Harvey Keitel, Jodie Foster
La estrategia del caracol	1993	Sergio Cabrera	Frank Ramírez, Florina Lemaitre, Humberto Dorado, Fausto Cabrera
La casa de las dagas voladoras	2004	Zhang Yimou	Ziyi Zhang, Takeshi Kaneshiro
El hijo de la novia	2001	Juan José Campanella	Ricardo Darín, Héctor Alterio, Norma Aleandro

Enlaces a las sesiones



Adriana Lucía



Alejandro Riaño



Andrea Echeverri



Brigitte Baptiste



Fabio Rubiano



Gambeta



Jesús Abad Colorado



Ledania



Mábel Lara



Nidia Góngora



Óscar Córdoba



Ramiro Meneses



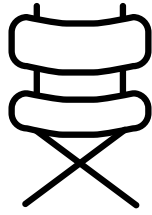
Ricardo Silva Romero

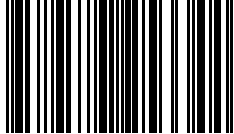


Willington Ortiz



Yolanda Reyes





ISBN: 978-958-725-334-4

Una de las galas de cine colombiano fue el punto de partida para que el equipo de la Cinemateca de Bogotá creara la franja *El Cine y Yo*. Aquella gala de cine fundacional fue posible en 2018 gracias a la iniciativa de Julio César Guzmán, y a la sinergia entre Proimágenes Colombia, la Fundación Patrimonio Filmico Colombiano, El Tiempo y la en ese entonces Cinemateca Distrital, que se comenzaba a despedir de su sede de más de 40 años en el foyer del Teatro Jorge Eliécer Gaitán. La sesión se realizó alrededor de una de las películas de mayor recordación para los colombianos: *La estrategia del caracol*, la cual contó con la activa gestión y participación de su director, Sergio Cabrera.

En *El Cine y Yo* nos hemos sorprendido con los recuerdos y nostalgias que el séptimo arte revive, con las historias personales y colectivas de más de treinta invitados, con un público asistente que se emociona y apela a sus propias memorias a través de las películas. La pantalla ha servido cual espejo para vernos reflejados o contradichos por las historias de personajes entrañables, conflictos apasionantes, desenlaces emotivos y escenarios vibrantes.